

HACER HISTORIA

DESDE ABAJO Y DESDE EL SUR

Alfonso Torres Carrillo
Educador popular e historiador
Profesor Universidad Pedagógica Nacional

Bogotá, 2014

Introducción

¿Por qué un libro que habla de hacer una historia desde Abajo y desde el Sur?, ¿Acaso podemos nosotros, las personas comunes y corrientes, hacer historia?, ¿Acaso, la historia no es una sola?, ¿Qué significa eso de “una historia desde abajo y desde el sur?”, ¿Para qué sirve ese tipo de historia? ¿Cuál sería la metodología para hacer tal historia? Estos y otros interrogantes pueden surgir en quien toma este libro en sus manos, cuyo propósito es, precisamente, introducir al público general en el campo del conocimiento histórico, es decir en el oficio de los historiadores; a su vez, mostrar que así como en la historia humana es hecha por todos, también ésta puede ser escrita por todos, y en particular, por quienes han sido excluidos de las historias oficiales.

En efecto, “hacer historia” nos remite a la triple significación de la palabra historia, que designa, a la vez al devenir de los colectivos humanos en el tiempo, y a su vez, a los saberes y visiones que generan los propios colectivos sobre su pasado (memoria social) y los conocimientos estructurados por quienes se dedican profesionalmente a ello, los historiadores. Por tanto, “hacer la historia”, implica, no solo reconocer que los hechos humanos son una construcción permanente y abierta hecha por todos los hombres y las mujeres, sino también que en la escritura de dicha experiencia humana – la *historiografía* – también pueden participar tanto los profesionales que se especializan en ello – como otras personas y colectivos no especializados, del común.

Cuando decimos “desde abajo” y “desde el sur”, estamos haciendo referencia a que, frente a una historiografía principalmente hecha por especialistas desde la perspectiva de los poderes políticos, sociales y culturales dominantes, también han venido emergiendo “otras historias”. Por un lado, historias “sobre los de abajo” elaboradas por historiadores solidarios con sus luchas, desde el interés de visibilizar su lugar y su voz en la historia; por el otro, historias “desde abajo” hechas por sujetos subalternos de la sociedad construir sus propias lecturas del pasado como una forma de lucha contra las diferentes formas de dominación a los que han sido sometidos.

Así, “abajo” y “Sur” no son solo expresiones espaciales, sino políticas, acuñadas desde diferentes lugares (literarios, investigativos, conceptuales) y luchas que develan opresiones y exclusiones presentes en diferentes ámbitos de la vida social. En este contexto, el propósito de este libro es contribuir a la comprensión de la historia como conocimiento y su configuración como disciplina científica y memoria del poder, de la emergencia y devenir de diferentes concepciones y prácticas historiográficas que se han reivindicado como críticas y alternativas al modo de producción de conocimiento hegemónico, algunas de ellas hechas “desde el revés de la historia”, comprometidas con las luchas y aspiraciones de los oprimidos, colonizados y “condenados de la tierra”.

Para dar cuenta de su propósito, el libro se estructura en cuatro capítulos. En el primero, presentamos las conceptualizaciones básicas acerca de la historia como conocimientos; en la segunda sintetizamos la configuración de la historia como ciencia social; en el tercero nos ocupamos de la concepción marxista de la historia y de la práctica de los historiadores marxistas; en el cuarto capítulo reseñamos la emergencia y devenir de las historiografías populares; en el quinto, presentamos la propuesta metodológica de re-construcción colectiva de la historia; en el último capítulo, exponemos los criterios, procesos y decisiones propias de esta metodología, así como algunas técnicas de activación de memoria.

1. ¿Cuál historia?

Como lo señala Ginzburg (2012: 17), la palabra *historia*, derivada del griego *ιστορία* (equivalente a "investigación"), así haya sido traducida a diferentes lenguas, ha permanecido igual a lo largo de veinticinco siglos, así sus significados hayan cambiado. Luego de haber sido usada por los botánicos, zoólogos y anticuarios para denominar sus estudios (La llamada "historia natural"), la palabra historia terminó siendo referida casi exclusivamente a la acción humana colectiva.

1.1. Historia materia, historia conocimiento e historia memoria

Como lo señalamos al comienzo, en nuestro idioma, el término *historia* tiene la singularidad semántica de designar, a la vez: los hechos humanos en su devenir temporal, y el conocimiento de dichos hechos. Cuando decimos: "La historia de Colombia ha sido muy violenta", estamos dándole el primer sentido, y cuando expresamos que "No se ha hecho una historia de los juegos de azar en Colombia", el segundo.

Pero la ambigüedad no termina ahí. En cada uno de los dos sentidos también hay significados diferentes. En el primero – la historia como devenir de las sociedades en el tiempo –, cuando se usa sin adjetivos, se asume como el conjunto de los hechos humanos, por ejemplo cuando decimos "A través de la historia, la tecnología ha venido mejorando"; cuando se le coloca un adjetivo, se delimita su alcance como en las siguientes expresiones: "historia latinoamericana", "historia colonial" e "historia política". En todo caso, este reconocimiento de la existencia de una realidad histórica, independiente de que sea o no objeto de investigación por parte de los historiadores, es denominado como historia-materia (Vilar, 1980); como lo veremos luego, de dicha *historicidad* no es ajeno el propio quehacer de los historiadores.

En el segundo sentido, la historia como conocimiento de los hechos pasados, también coexisten tres significados diferentes pero relacionados entre sí. Uno, el de historia como *conocimiento histórico*, en particular, como la disciplina científica que practican los historiadores; por ejemplo cuando decimos: "sin fuentes no se puede hacer historia". Dos, el de historia como los resultados acumulados del conocimiento histórico o conjunto de estudios y publicaciones sobre un periodo o campo determinados, como cuando decimos: "La historia de la vida cotidiana está por hacerse en Colombia"; este segundo significado de la historia-conocimiento también se le denomina *historiografía*, entendida además como el estudio sobre el conjunto de investigaciones sobre un tema o periodo histórico.

Como si no fuera suficiente, la palabra historia también suele utilizarse para referirse al conjunto de saberes, representaciones y visiones del pasado que tiene la gente común y corriente; es decir, la memoria colectiva. Ese sentido de la palabra historia es el que aparece en afirmaciones como "La historia me absolverá" escrita por Fidel Castro luego

del frustrado asalto al Cuartel Moncada, pues pese a que su acción fue castigada por las élites en el poder, a la larga, quedaría en la memoria popular como positiva.

Este reconocimiento del despliegue de sentidos de la palabra historia no es un simple ejercicio semántico, sino una aclaración necesaria que nos servirá para reconocer y analizar el contenido que las diferentes concepciones y corrientes historiográficas le dan a la historia-materia, a la historia-conocimiento y a la historia como memoria.

Desde que la historia se constituyó como disciplina de conocimiento en el siglo XVIII, podemos reconocer tres grandes enfoques historiográficos que también podemos asumir como “modelos históricos”, en cada uno de los cuales, los diferentes sentidos de la historia se articulan de un modo singular. Estas son: la historia tradicional (predominó en el siglo XIX), la Nueva historia o historiografía científica (predominó en el siglo XX) y la historia popular o historia desde abajo (a contracorriente desde el siglo XIX hasta hoy).

En primer lugar, la llamada “historia tradicional” o “vieja historia”, la historia materia se reduce al mundo de los acontecimientos políticos, diplomáticos y militares protagonizados por grandes personalidades de las élites (príncipes, héroes, caudillos, gobernantes). Para este modelo, el trabajo del historiador consiste en la narración fidedigna de tales acontecimientos a partir de la consulta de los documentos escritos conservados en los Archivos. La frase de Leopoldo Von Ranke (1795-1886) “Los hechos hablan por sí mismos”, expresaba su desconfianza con la teoría y el supuesto de neutralidad de los historiadores. Sin embargo, esta historia busca moldear la memoria colectiva en torno a los valores occidentales, a exaltar la identidad nacional y la obediencia al Estado, a través de la enseñanza de las historias universal y patria, de las fiestas y monumentos públicos (por ello también se le conoce como “historia de bronce”)

La “Nueva historia emerge en reacción a la historia tradicional y se consolida desde la tercera década del siglo XX, en torno a la Escuela de los Annales en Francia, la influencia del marxismo y del estructuralismo y el diálogo con las ciencias sociales. Para este modelo, la historia materia es la dinámica de las sociedades humanas, en particular, los hechos estructurales y masivos que expresan las regularidades y permanencias de las estructuras sociales y económicas. Entiende el conocimiento histórico como la reconstrucción y explicación científica de tales hechos y empleando un amplio abanico de fuentes (estadísticas, prensa, objetos). Su afán por legitimarse como ciencia social, ha hecho que privilegie el uso de referentes teóricos y metodologías sistemáticas; a su vez, ha heredado la pretensión objetivista y la supuesta neutralidad política de la investigación histórica.

Por ello, a pesar de representar una ampliación del objeto, de la teoría y la metodología de la historia, esta Nueva Historia no ha representado un cambio significativo en su relación con la memoria colectiva. Como gremio, ha vivido un acelerado proceso de

institucionalización, los resultados de sus productos transitan en los restringidos círculos de especialistas, su divulgación entre la gente común se limita a algunas publicaciones de referencia y en su tímida presencia en los textos escolares.

Finalmente, la historia “desde abajo”, cuya emergencia ha tenido lugar en diferentes momentos y escenarios políticos (ver capítulo 3), que si bien es cierto que no constituye una unidad homogénea, si comparte algunas posiciones con respecto a las dimensiones históricas que estamos tratando. Así, la historia-materia es vista en sentido amplio como el devenir de las sociedades en su conjunto, centra la atención en las relaciones conflictivas que las atraviesan, en particular aquellas que evidencian asimetrías y formas de opresión (colonial, de clase, de género, raza, generacional) y en las diferentes dinámicas y estrategias de resistencia, acción colectiva y generación de alternativas a dichas relaciones de opresión.

En consecuencia, desde la historia popular, el pasado no está solo para ser relatado o explicado, sino para ser cuestionado en función de las opciones de transformación social agenciado por las luchas políticas, sociales y culturales actuales; por ello, en su conocimiento, parte de reconocer las preguntas que se hacen los actores subalternos en el presente, los involucra en su reconstrucción, a partir de un uso amplio de fuentes, en particular aquellas provenientes de los sectores subalternos de la sociedad (tradición y fuentes orales, visuales y materiales, prácticas culturales, archivos de sus organizaciones y movimientos).

Con lo expresado, queda claro que en esta perspectiva, el historiador se compromete con los proyectos y luchas de los sectores subalternos, socializa y reelabora su saber metodológico con el fin de potenciarlos como sujetos de conocimiento y poder. Por ello, su intención de fortalecer las memorias colectivas populares es central, en la medida en que aporta a ampliar su capacidad de leer el devenir social, de comprender mejor su presente y fortalecer su capacidad de acción hacia horizontes liberadores.

1.2. La historia: un conocimiento singular

El hecho de tener como objeto el pasado colectivo, una realidad “ausente”, del peso que puede tener el presente en la indagación de dicho pasado, de pretender ser reconocido como valioso para el presente y como actividad científica, ha implicado que el conocimiento histórico haya sido centro de crítica por parte de otros campos de conocimiento y de reflexión por parte de sus cultores, sea cual fuere su perspectiva historiográfica. A continuación retomamos algunas de estas polémicas referidas a la historia como práctica social y a sus múltiples interacciones con el presente de los historiadores, a la singularidad de los hechos históricos, a la objetividad y alcances del conocimiento histórico.

La frase de Edward Carr: “Estudia al historiador antes de ponerte a estudiar los hechos”, nos pone de presente el carácter situado de la práctica histórica y la incidencia que tiene dicha posición en lo que produce. En términos de Michel De Certeau (1993: 35), la historia “implica un movimiento que enlaza una práctica interpretativa a una práctica social”. No se puede comprender lo que dice, independientemente de la práctica de donde procede; “la historia forma parte de la realidad de la que trata y esta realidad puede ser captada como actividad humana, como práctica social. (1993: 68).

Toda producción historiográfica se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural; toda interpretación histórica depende de un sistema de referencia, histórico y cultural de la que no siempre se hace conciencia y que, sin embargo, condiciona de algún modo la mirada que los investigadores se hacen del pasado; ello se evidencia, como lo veremos luego, en que la expansión y emergencia de nuevas problemáticas de interés histórico, están siempre asociadas a las demandas de conocimiento que plantean las problemáticas presentes, tales como el creciente intervencionismo del Estado a comienzos del siglo XX, la mundialización capitalista en sus postrimerías y la irrupción de diferentes movimientos sociales en los dos últimos siglos.

La historia es también una institución, propia de las ciencias modernas, que primero que todo fueron gremios, asambleas de eruditos. Las instituciones son las condiciones del lenguaje científico que organiza las ideas. Al igual que otras labores científicas, la investigación histórica se apoya cada vez más en equipos, en medios financieros y por lo tanto, en los privilegios que ello implica; está organizada como profesión, se instala en un círculo de la escritura (se apoya en lo ya escrito, se orienta a los lectores especializados).

Las academias y departamentos de historia, los centros de investigación, los congresos y publicaciones especializadas “poseen la doble función de crear condiciones materiales para realizar la investigación y definir las prácticas científicas que fijan los requisitos de la disciplina” (Florescano, 1985: 125). Dicho “episteme institucional” condiciona el campo de posibilidad de lo que puede ser investigado, quienes pueden hacerlo y de qué modo; “aunque estas instituciones se declaran como templos de la libertad, la imparcialidad y la objetividad, por su composición social, administración, gobierno y formas de reclutamiento, de hecho favorecen unas corrientes, admiten unas temáticas y excluyen otras” (Torres, 1993: 42).

De Certeau, nos recuerda que la historia moderna occidental nace con la separación entre pasado y presente. La historiografía separa en primer lugar su propio presente de un pasado (1993: 17). Esto no pasa en otras culturas como por ejemplo en la India o entre los pueblos ancestrales andinos: la marcha del tiempo no tiene necesidad de afirmarse, distanciándose del pasado, sino que coexiste con él y es reabsorbido permanentemente por el presente; los antepasados, siempre acompañan las luchas actuales.

Fundada la historia, “en el rompimiento entre un pasado, que es su objeto, y un presente, que es el lugar de su práctica, la historia no deja de encontrar el presente en su objeto y el pasado en sus prácticas” (De Certeau, 1999: 52). La actualidad es el punto de partida de la historia. Ya lo decía Febvre: “El pasado es una reconstrucción de las sociedades y de los seres humanos de antaño, hecha por hombres y para hombres comprometidos en la complicada red de las relaciones humanas de hoy en día” (1948 - 25).

El reconocimiento de la historicidad y el carácter intersubjetivo de la historia nos remite al recurrente cuestionamiento sobre su imposible objetividad. Para Topolsky (1986: 257) esto tiene que ver con 4 factores: la posición social del historiador, los valores sociales que influyen sobre él, el conocimiento previo y teórico que posee el historiador y, por último, su personalidad. Para el autor, dichos condicionamientos no impiden un conocimiento de los hechos históricos; por el contrario, estos determinan, en buena medida, lo que en cada época se consideran criterios de verdad del conocimiento. El conocimiento previo el historiador está presente a lo largo del proceso de investigación; su formación teórica y metodológica, en lugar de ser un obstáculo, es una garantía de rigor de su trabajo y de calidad de sus operaciones e interpretaciones: le permite construir con mayor criterio su problema de conocimiento, seleccionar y utilizar las fuentes más pertinentes y analizar la información que proporcionan, así como interpretar y sintetizar los hechos investigados.

Finalmente, el historiador Thompson (1981), plantea una serie de proposiciones acerca de la “lógica del conocimiento histórico” que compartimos y recreamos con nuestro aporte y el de otros pensadores, a continuación:

- Su objeto inmediato son hechos, que tiene una existencia real pero que solo son cognoscibles por vía de la investigación histórica. Los hechos no “hablan por sí mismos”, responden a las preguntas que le hace el historiador; en palabras de DeCerteau (1993: 13): “La historiografía (es decir, historia y escritura) lleva inscrita en su nombre propio la paradoja de la relación de dos términos antinómicos: lo real y el discurso. Su trabajo es unirlos y en las partes en que esa unión no puede ni pensarse, hacer como si los uniera”.
- La práctica histórica consiste, en buena medida, en un diálogo abierto entre preguntas, referentes conceptuales y posibilidades de respuesta que ofrecen las fuentes disponibles. Es diálogo porque ninguna de las partes subordina la otra: el instrumento interrogativo y las respuestas dadas por las fuentes se condicionan mutuamente. En cada época, los historiadores pueden plantearse nuevas preguntas a los datos históricos, pero esto no significa que los acontecimientos pasados cambien con cada interrogador.

- La historia también es escritura; sus resultados se expresan en un texto que organiza unidades de sentido y lleva a cabo transformaciones cuyas reglas pueden determinarse. La condición de un discurso histórico parece definirse por una combinación de significaciones únicamente articuladas y presentadas en términos de hechos. Retomando a Barthes, el historiador da la impresión de contar hechos, cuando en realidad, enuncia sentidos (De Certeau, 1993:58)
- El conocimiento histórico es provisional e incompleto, y por tanto, verdadero y discutible dentro del campo en el que se produce. El tribunal de apelación sobre la posibilidad, veracidad y cientificidad del conocimiento histórico está en el campo de la disciplina y no en un lugar aparte como la lógica formal o la filosofía de la ciencia.

2. La construcción de la historia como ciencia.

Entre los siglos XIX y XX la historia como conocimiento vive un cambio notable: de género literario cultivado por cronistas y letrados, pasó a ser una disciplina científica llevada a cabo por investigadores profesionales. Esta transformación tuvo como contexto el nacimiento de la ciencia moderna y de otras ciencias sociales, así como la consolidación del capitalismo y de los Estados nacionales. La comprensión del carácter “científico” de la historia y de la manera de practicarse, tampoco estuvo exenta de debates. En este capítulo nos ocuparemos de sintetizar los rasgos más destacados de este proceso.

2.1 Auge y crisis del historicismo erudito.

Si bien es cierto que existieron notables antecedentes de hacer de la historia algo más que la narración de acontecimientos "importantes" el poder¹, es solo hasta el siglo XIX cuando se consolida un esfuerzo colectivo por convertir la historia en una disciplina científica; en este empeño, los historiadores decimonónicos también cuestionaron las filosofías de la historia que buscaban hallar el sentido de los cambios históricos, acudiendo a fuerzas exteriores a los mismos, tales como la providencia, la libertad o el Espíritu trascendental.

En su afán de convertir a la historia en una ciencia similar a las naturales, capaz de producir “conocimiento fidedigno de los hechos”, los historiadores alemanes del siglo XIX, en particular Leopoldo Von Ranke, buscaron darle un rigor erudito a la investigación histórica, en particular a la utilización crítica de sus fuentes. Como paradigma de pensamiento, el historicismo alemán consideraba que los fenómenos históricos eran singulares y que, por tanto, debían ser comprendidos desde los criterios de su propio tiempo y no desde leyes generales o principios abstractos.

En su lucha contra la especulación filosófica, Ranke consideraba que “el carácter científico de la historia reside, en la imparcial inmersión en las fuentes, en la reconstrucción de las intenciones de los actores y del curso de los acontecimientos y en la percepción intuitiva de un contexto histórico más amplio”. (Casanova, 1991: 12). Sus seguidores, se esforzaron en construir una metodología centrada en la crítica a las fuentes; por un lado, la crítica externa, para determinar la procedencia y autenticidad de las mismas; por otro, la crítica interna que busca encontrar el sentido del contenido de los documentos y reconocer su veracidad interna. Estos historiadores también consideraban que la manera más adecuada de transmitir los resultados de sus indagaciones era la narración lineal de acontecimientos.

¹ Tal vez el más significativo es el del pensador árabe Ibn Jaldun, quien el siglo XIV planteó que “la historia tiene por objeto verdadero hacernos comprender el estado social del hombre y los fenómenos que se relacionan con él: la vida salvaje, la suavización de las costumbres, el espíritu y de tribu, los diversos géneros de dominación de unos pueblos sobre otros, la distinción de clases, las ocupaciones de los hombres como las profesiones lucrativas, los oficios, las ciencias y las artes” (Jaldun, 1997)

El interés del historicismo alemán por comprender los hechos individuales, derivó en la creencia de que la historia era la mera reconstrucción de hechos; el creer que para ello bastaba encontrar y abordar adecuadamente las fuentes, condujo a un rechazo por la teoría; el considerar que la historia solo podía ser comprendida a través del comportamiento guiado por ideas conscientes, dejaron por fuera muchos aspectos del pasado como “las masas, las clases sociales, la cultura popular no tenían interés histórico” (Casanova, 1991: 15).

Los rasgos predominantes de esta forma de hacer la historia que se extendió durante el siglo XIX y comienzos del XX al resto de los países de Europa a través del mundo universitario, pueden ser sintetizados así: “Una historia centrada en el relato de los acontecimientos políticos, diplomáticos y militares, que formuló métodos individuales-hermenéuticos como específicos de la historia y que puso resistencia a las generalizaciones y las abstracciones de las ciencias sociales, así como a la intromisión de dimensiones económicas o sociales en la comprensión de los hechos históricos. Una historia en definitiva, política, al servicio de los poderes legitimados, que rechazaba la teoría y que tenía a la narrativa como hilo conductor” (Casanova, 1991:15).

Desde comienzos del siglo XX esta concepción historiográfica empezó a ser cuestionada desde las nascentes ciencias sociales, portadoras de una nueva manera de entender lo científico. Por un lado, la economía y la sociología planteaban que su carácter científico radicaba en no centrarse en los hechos particulares, sino en las tendencias y dinámicas sociales generales, que pudieran abstraerse y expresarse en modelos, leyes y teorías universales; por su parte, la antropología hace una ruptura con el evolucionismo y empiezan a considerar las sociedades como sistemas sociales, concebidos como conjuntos de relaciones y funciones interdependientes.

Este interés por los aspectos más amplios de la vida social y el afán por explicarlos a partir de teorías universales estaban asociados a los cambios de las sociedades europeas que venían sufriendo profundas transformaciones desde fines del siglo XIX. Procesos como la consolidación del capitalismo industrial, el crecimiento urbano y la irrupción de la clase obrera como actor social, la magnitud y consecuencias de la Primera Guerra Mundial, la Revolución Soviética, la depresión económica subsiguiente y la crisis del Estado liberal, plantearon desafíos nuevos a las clases gobernantes; el miedo a las masas trabajadoras cada vez más inconformes, la necesidad de contener eventuales revoluciones y de regular la economía capitalista desde una creciente intervención estatal exigía un conocimiento más sistemático de lo social, con capacidad de predicción y del cual pudieran derivarse políticas y estrategias de control social. De una historiografía dedicada a narrar acontecimientos políticos y diplomáticos protagonizados por las élites no podía esperarse mucho.

Esta insatisfacción con las limitaciones de la historiografía positivista para comprender y enfrentar las nuevas problemáticas de los Estados de comienzos del siglo, se expresó, por una parte, en el renacimiento de relatos generales similares a las cuestionadas filosofías de la historia; por otra en el surgimiento iniciativas encaminadas a incorporar al quehacer historiográfico elementos provenientes de las otras ciencias sociales.

En el primer caso, obras como *La idea de la historia* de Robin Collingwood, *La decadencia de Occidente* de Spengler (1918) y *Estudio de la historia* de Toynbee (1934 -1961), pretenden mostrar grandes tendencias de la historia humana, a partir de cuestionables comparaciones y especulaciones. En el segundo, autores como Jean Jaurès y su *Historia socialista de la revolución francesa* (1901), François Simiand y su conferencia *Método histórico y ciencia social* (1903) y Henry Berr a través de la *Revista de síntesis histórica* (1900), empezaron a incorporar en sus estudios, teorías y metodologías provenientes de otras ciencias sociales como la economía y la sociología.

La concepción tradicional de la historia se expresó en América Latina, especialmente a través de las academias nacionales de historia, que se crean a comienzos del siglo XX, en el contexto de interés histórico motivado por el centenario de la independencia, con el propósito de consolidar la versión oficial de las historias nacionales, a través del estudio cuidadoso de diferentes acontecimientos significativos en la construcción de los Estados. También desde las Academias de Historia se buscó exaltar el sentido patriótico a través de la enseñanza escolar; en tal sentido, incidieron en la elaboración de los planes curriculares y en la elaboración de los textos de historia patria. En Colombia, es paradigmático el *Compendio de historia de Colombia*, elaborado por los académicos Henao y Arrubla en 1910, que se convirtió en el modelo de los textos escolares durante buena parte del siglo XX.

2.2. La Escuela francesa de los *Annales* y la Nueva Historia.

La creación en 1929 de la revista *Annales d'histoire économique et sociale* por parte de los historiadores franceses Marc Bloch y Lucien Febvre representa el inicio de una profunda renovación del conocimiento histórico; a partir de una dura crítica al trío formado por la historia política, la historia narrativa y la historia acontecimental, sentaron las bases para la construcción de la investigación histórica como ciencia social.

Reconociendo el legado de historiadores franceses como Berr, Pirenne y Labrousse plantearon la necesidad de una historia cuyo objeto fuera la dinámica social en el tiempo. En palabras de Febvre: "*La historia es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diferentes creaciones de los hombres de otros tiempos, capturados en el marco de sociedades extremadamente variadas, y sin embargo, comparables unas de otras*" (Febvre, 1978: 22).

Si la historia es considerada una ciencia en la que los hechos no hablan por sí mismos, sino que hay que hacerlos hablar desde preguntas y marcos interpretativos, los historiadores deben partir de problemas y no pueden prescindir de teorías que permitan explicarlos. Estas provendrían de otras disciplinas como la economía, la demografía, la sociología y la antropología, o podría ser construida por los historiadores a partir del análisis de las sociedades en el tiempo. Este ensanchamiento del campo de interés de la historia también supone una ampliación de las fuentes: junto a los documentos institucionales o provenientes de grandes personajes privilegiados por la cuestionada historia política, se incorporan las fuentes estadísticas, las masas documentales que proveen información cuantificable (fuentes seriales) y las fuentes materiales (territorios, edificios, utensilios).

Bloch murió en 1944 fusilado en un campo de concentración bajo la ocupación nazi, donde escribió su famoso libro *Introducción a la historia*. Terminada la Segunda Guerra, Febvre reemprendió la publicación de la revista y en 1947 se instala en VI sección de la *École pratique des hautes Études* creada por la Fundación Rockefeller. “Los hombres de los *Annales* hallarán acá su territorio natural de enseñanza y proyección” (Fontana, 2002: 33), iniciándose un paulatino proceso de institucionalización.

Luego de la muerte de Febvre en 1956, la dirección de la Revista y de la escuela pasan a manos de Fernand Braudel, quien había culminado una década antes su tesis doctoral *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*; en ella plantea por primera vez su teoría sobre las múltiples temporalidades históricas (larga, media y corta duración). En la dirección de *Annales* Braudel reiteró en carácter totalizante de la historia y el diálogo con otras disciplinas sociales, insistiendo en que éstas deben incorporar la perspectiva histórica. En debate con el antropólogo Claude Lévi-Strauss, Braudel afinó su concepto de Larga Duración, posibilitando que los historiadores hicieran análisis sincrónicos del lento devenir de las estructuras sociales.

Durante su periodo, su más brillante discípulo, Emmanuel Le Roy Ladurie, realizó su tesis doctoral sobre la historia de *Los campesinos de Languedoc* (1966) en la que pone en práctica buena parte de los planteamientos metodológicos impulsados por su maestro: “historia total”, enfoque multidisciplinario, escala temporal de larga duración, interés por la geografía regional y uso de fuentes seriales (Burke, 1996: 64).

Por discrepancias internas, deja la dirección de la Escuela en 1968, estableciéndose una coordinación colectiva, que sería reconocida como la “tercera generación” de los *Annales*. A diferencia de las fases anteriores, no es evidente un proyecto intelectual compartido, en la medida en que se presenta una dispersión temática: la historia social y económica fue siendo desplazada por el estudio de las mentalidades y los imaginarios; algunos retornan a la historia política, al estudio de acontecimientos, a la biografía de personajes y a la narración; surgen temas como la mujer, la infancia, los jóvenes y el cuerpo.

Esta generación de los Annales ha sido más abierta a las influencias externas, tanto disciplinares (en particular de la antropología), como internacionales (en particular de la historiografía norteamericana). Algunos le cuestionan su permeabilidad a “modas intelectuales” como los giros “lingüístico” y “antropológico”; otros, que haya abandonado los estudios de la base económica para dedicarse a lo cultural; otros acusan a algunos de sus exponentes de conservadores por centrar la atención en la Edad media, privilegiar las continuidades y la larga duración frente a los cambios y rupturas históricas.

La influencia de la antropología simbólica y su preocupación por lo cultural es evidente en historiadores como Le Goff (1988), Duby (2000) y Jean Delumeau (1989); otros historiadores franceses como Ariès (1984 y 1987), de Certeau (1999 y 2004), Chartier (1993 y 1996) y Nora (1984, 1987 y 1992), aunque no pertenecieron a la escuela de los Annales, comparten su interés por temáticas de índole cultural como la infancia, las representaciones sobre la muerte, el amor, el cuerpo, el miedo, lo cotidiano, la religión, la lectura, el imaginario y la memoria colectiva.

A esta generación también pertenecen los historiadores marxistas Pierre Vilar y Michel Vovelle. El primero, además de sus estudios sobre Cataluña, aportó a la construcción conceptual de la “historia total” en una perspectiva que articula la dinámica estructural con los acontecimientos en el que actúan los colectivos sociales y los individuos (Vilar, 1986). El segundo, estudió y re-conceptualizó las mentalidades en diálogo con categorías provenientes del materialismo como ideología y conciencia (Vovelle, 1982).

Con la muerte de Braudel en 1985, también se cierra el ciclo de los *Annales* como corriente historiográfica innovadora. A diferencia de los fundadores de la revista, que les tocó asumir una actitud combativa frente a lo establecido, a las generaciones posteriores al 68 les correspondió administrar una institución aprestigiada en el mundo académico internacional, con estrechos nexos con el gobierno francés y con una gran presencia en los medios masivos de comunicación.

Reconocida como la corriente historiográfica de mayor influencia, junto con el marxismo, en el siglo XX, a modo de balance, sintetizo a continuación las principales aportaciones y limitaciones de la escuela de los *Annales* a la construcción de la disciplina histórica (Torres, 1993: 105):

- 1) Interés por darle un estatuto científico a la historia en diálogo con otras ciencias sociales; ello ha sido más fructífero con la geografía, la demografía, la sociología y la antropología, de las cuales ha incorporado conceptos y técnicas de investigación. La escuela de los Annales, también incidió en las otras ciencias sociales, que pasaron a considerarla como disciplina científica y en muchos casos, incorporar la perspectiva histórica en sus investigaciones.

- 2) Ampliación del campo de conocimiento de la historia - las sociedades humanas en el tiempo – en una perspectiva de síntesis histórica. Esta pretensión de una “historia total” se vio limitada por la ausencia de una concepción teórica global de la sociedad desde la cual lograr una reconstrucción articulada de las diferentes dimensiones de la vida social.
- 3) Valorar la importancia de la teoría en la interpretación histórica. Sin embargo, la debilidad conceptual de la escuela llevó a que sus integrantes privilegiaran la importación de categorías provenientes de otras ciencias sociales; dicha limitación también se expresa en la ausencia de debate epistemológico.
- 4) Ampliación de la concepción del tiempo histórico, al reconocer tres ritmos de temporalidad: lo acontecimental (corta duración), lo coyuntural (media duración) y lo estructural (larga duración). Algunos de sus exponentes, Influidos por el estructuralismo, han enfatizado en la larga duración, descuidando el estudio de las rupturas, los cambios y las emergencias sociales.
- 5) Preocupación por la dimensión espacial del análisis histórico, más acá y más allá de la escala nacional: por un lado, vindicando la necesidad de estudios regionales; por el otro, reconociendo vastos escenarios supranacionales como la cuenca del Mediterráneo y el océano Atlántico. El desprecio por el tiempo corto tiene su correlato en el descuido por las escalas micros y las historias locales.
- 6) Ampliación del concepto y uso de fuentes. Frente a la exclusividad de los documentos escritos producidos por las élites, se reconoció que todo dato u objeto que dé cuenta del pasado puede ser reconocido como fuente. La posibilidad de cuantificar los datos discretos presentes en diferentes fuentes posibilitó la construcción de series temporales.
- 7) La institucionalización de la Revista dentro de la Escuela de Altos estudios de París y el creciente compromiso de sus integrantes con el *statu quo*, se ha expresado en su conservadurismo. La mayor parte de su producción se ha centrado en periodos previos a la Revolución Francesa, descuidando la historia contemporánea; en algunos autores se evidencia cierta nostalgia por el mundo medieval y en casi todos los casos un distanciamiento frente al marxismo.
- 8) Su influencia en la renovación de la historiografía mundial. A partir de Braudel, la escuela se conoce en Europa, Estados Unidos y América Latina. La formación de historiadores profesionales en la perspectiva de esta Nueva Historia francesa, contribuyó a superar la hegemonía de la historia académica positivista. En América Latina, algunos historiadores que estudiaron en la escuela de Altos estudios o se formaron con las lecturas de los integrantes de los Annales, renovó la producción historiográfica en las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX.

2.3. Del fin de la historia a su revitalización.

En el contexto de la crisis del socialismo soviético, el politólogo de origen japonés Francis Fukuyama proclamó en 1989 el “fin de la historia” en un artículo del mismo nombre, que luego tres años después sería incorporado en el libro *El fin de la historia y el último hombre*. En el mismo tono de otras consignas como “el fin de las utopías” y “el fin de las ideologías”, este autor planteaba que con la derrota del comunismo, la humanidad había llegado a una fase insuperable basado en la democracia liberal y en la economía de libre mercado.

Una década antes, el filósofo Jean François Lyotard había publicado el libro *La condición postmoderna*. Un informe sobre el saber ponía en evidencia la crisis de las grandes certezas del proyecto moderno, y en particular de la ciencia y de “las grandes narrativas” de la historia humana, como el estructural-funcionalismo y el marxismo. Frente a estas miradas “totalitarias”, el filósofo celebraba la proliferación de pequeñas narrativas que compiten entre ellas sin ninguna pretensión de comprensión global de la historia. Este planteamiento, en buena medida estaba dando cuenta del fraccionamiento que se venía dando en la historiografía europea, al que nos referimos previamente.

A esta crítica al pensamiento histórico moderno y “desmigajamiento” de la historiografía, se sumó el cuestionamiento al estatuto epistemológico de la historia proveniente de diferentes flancos y que actualizaban viejos debates sobre la imposibilidad del conocimiento veraz del pasado, sobre las tenues fronteras entre ficción e historia, que llevó que se planteara que ésta, no era más que un relato literario (Veyne, 1971; White, 1974; Ricoeur, 1987). Este ambiente de crítica e incertidumbre llevó a que se llegara a hablar a fines del siglo XX de la “crisis de la historia” (Ortega, 2007).

Muy al contrario de este oscuro panorama considero que la historia no ha llegado a su fin: ni como devenir, ni como conocimiento, ni mucho menos como memoria colectiva. En cuanto a la ideología del “fin de la dinámica historia humana” entendida como el triunfo definitivo del capitalismo, los hechos recientes han evidenciado que las tensiones generadas por el propio capitalista mundializado han posibilitado la emergencia de viejas y nuevas luchas y proyectos sociales y políticos alternativos, que están renovando el devenir histórico contemporáneo.

En cuanto a la historia como conocimiento, pese al anuncio de su muerte por parte de algunos autores postmodernos, ésta continúa desarrollándose como campo intelectual, lo que se evidencia en la pluralidad creciente de temas y formas de hacer historia como tal. Como todo campo intelectual, está atravesado por tensiones propias de la existencia de diferentes enfoques y corrientes conceptuales y metodológicas, así como por los

cuestionamientos provenientes de otros campos intelectuales. En la última generación, el universo de los historiadores se ha expandido a un ritmo vertiginoso. La historia nacional, compite con la historia mundial y la local; hay muchos campos nuevos, sostenidos a menudo por revistas especializadas; la historia social, por ejemplo, se independizó de la económica para acabar fragmentándose, como algunas nuevas naciones, en demografía histórica, historia del trabajo, historia urbana, historia rural, etc. (Burke, 2003: 11).

También en las últimas décadas han cobrado mayor fuerza o han emergido “nuevas formas de hacer historia” (Burke, 1994), tales como la nueva historia política, la historia del tiempo presente, la historia ambiental, la historia de la cultura material, la historia del consumo y de las mercancías, la historia de las mujeres y de los jóvenes, la microhistoria y la historia oral, la historia cultural y la historia de los imaginarios. Salvo el peligro que representa – al igual que en otras ciencias sociales – la superespecialización y el declive de las miradas de conjunto, esta pluralización de temas también puede estar expresando una ampliación del espectro de movimientos sociales interesados en reivindicar sus luchas y problemáticas en el pasado.

Esta expansión del interés por la historia, también se expresa en el aumento de la demanda y oferta de conocimiento histórico, evidente en el aumento del número de programas de formación de historiadores (a nivel de pregrado y de postgrado) y del volumen de publicaciones sobre diversos temas del pasado, así como de la proliferación de encuentros, seminarios y congresos de historiadores.

En cuanto a la historia como memoria, entendida como el cúmulo de representaciones de su pasado que los colectivos construyen para alimentar sus sentidos de vida individual y colectiva, nunca como hoy es tan evidente la preocupación por conjurar las vicisitudes del presente acudiendo al pasado común. En efecto, la percepción y conciencia de la aceleración del tiempo histórico propio de la vida actual (Augé 2000) lleva a los hombres y mujeres contemporáneos a ver como cosa del pasado los acontecimientos que marcaron las décadas inmediatamente anteriores (los sesenta, los setenta, los ochenta, e incluso los noventa “pasaron a la historia”); así mismo, también genera la ansiedad de conferirle algún sentido a dicho dinamismo, del cual muchos no se sienten ajenos.

Ello se expresa tanto en la demanda de saber sobre el pasado (resuelta por vía de la literatura histórica y testimonial, el cine, las series televisivas y las páginas de internet), como en el afán actual por revisar el pasado personal y colectivo, en reconstruir las historias compartidas a nivel institucional, local y regional; esto se evidencia en iniciativas como los concursos de historia barrial y de testimonios orales. Superadas situaciones adversas como dictaduras y guerras, se activa la lucha contra el olvido y la reivindicación del duelo; es el caso de las campañas por el Nunca Más en Argentina y Colombia.

3. La historiográfica marxista

3.1. La concepción materialista de la historia

Carlos Marx no fue ni pretendió ser historiador; por el contrario, cuestionó la historiografía de su época. Sin embargo, desde su crítica a la filosofía hegeliana de la historia, su interés por darle bases científicas al socialismo y a su crítica al capitalismo, así como sus estudios de algunas coyunturas históricas de su época, le permitieron sentar los fundamentos de lo que llamó "concepción materialista de la historia". La recepción de sus planteamientos políticos y teóricos, permitieron conformar una corriente de pensamiento e investigación que influyó en la conformación de una corriente historiográfica marxista.

Su interés por comprender y explicar los cambios históricos, lo llevó a criticar las filosofías de la historia que los atribuían a factores y fuerzas exteriores a la sociedad. Ya en *La sagrada familia* (1844- 1845), Marx y Engels afirmaban que "Toda concepción histórica, hasta ahora, ha hecho caso omiso de la base real de la historia; o la ha considerado simplemente como algo accesorio que nada tiene que ver con el desarrollo histórico. Por ello, esa concepción solo acierta en ver en la historia acciones políticas de los caudillos y del Estado, las luchas religiosas y las luchas teóricas en general" (Marx y Engels, 1970: 257).

Frente a estas concepciones idealistas de la historia, Marx se propuso construir una teoría científica de la historia, que permitiera comprender las transformaciones que se estaban generando en Europa por obra de las revoluciones industriales y políticas de su época. Si bien es cierto que Marx no hizo una elaboración sistemática del conjunto de su pensamiento histórico, a través de sus obras podemos reconocer algunos rasgos, los cuales han incidido de una manera u otra en la configuración de una historiografía marxista.

Un primer rasgo de su concepción histórica es que todos los hechos sociales están inmersos en el conjunto de dinámicas de la sociedad en la que se producen; un hecho histórico solo puede ser comprendido en el contexto siempre cambiante de sus articulaciones y tensiones con el conjunto social. En su *Prefacio a la Crítica de la economía política* (1859) lo expresa así: "Mis investigaciones dieron este resultado: que las relaciones jurídicas, así como las formas del Estado no pueden explicarse ni por sí mismas ni por la pretendida evolución del espíritu humano" (Marx, 1968: 71). Este criterio metodológico, se corresponde con su concepción de sociedad como como síntesis de múltiples determinaciones; es decir como una "totalidad concreta" estructurada y dialéctica, como conjunto social en permanente cambio y en movimiento.

Una segunda característica fue la relevancia que le dio a los aspectos y procesos “materiales” de la vida social; en reacción al idealismo filosófico predominante, Marx planteó que el punto de partida de todo análisis social era la comprensión de las maneras como los colectivos sociales crean y recrean sus condiciones materiales de existencia: “Es el modo de producción de la vida material el que determina el carácter general de los procesos de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino al contrario, su ser social el que determina su conciencia” (Marx, 1968: 71).

En tercer lugar, el solo análisis estructural de la vida social no permite comprender sus transformaciones si no involucra a los sujetos históricos; por ello Marx afirmó que son los hombres quienes hacen la historia: “La historia no hace nada; no posee inmensas riquezas ni libra combates. Son los hombres reales los que hacen, poseen y luchan. La historia no utiliza a los hombres para lograr sus propios fines. La historia no es más que la actividad de los hombres para la consecución de sus objetivos” (Marx y Engels, 1970: 265).

Esta reivindicación de los seres humanos como hacedores de la historia no lo lleva a una concepción voluntarista del cambio social, porque sus prácticas están condicionadas por las circunstancias en las que actúan, a la vez que éstas han sido generadas y se transforman por la acción humana: “Los hombres hacen la historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentra directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado” (Marx, 1981: 9). Esta unidad dialéctica entre el carácter estructurado y estructurante de las prácticas sociales, entre procesos objetivos y dinámicas subjetivas, las sintetizó Marx en sus *Tesis sobre Feuerbach* (1844): “La coincidencia entre la modificación de las circunstancias y la práctica humana solo puede concebirse y comprenderse relacionalmente como una práctica revolucionaria”.

En cuarto lugar, un aporte fundamental de Marx en la comprensión del dinamismo social fue su concepto de “lucha de clases”, que no solo expresa el protagonismo de los colectivos sociales en el devenir histórico, sino que también se constituye en su clave explicativa. Su perspectiva para abordar las clases sociales es histórica y dialéctica: en torno a los conflictos sociales surgidos por contradicciones de las estructuras sociales, se van conformando los colectivos sociales que los protagonizan; por ello, el sentido del movimiento de la sociedad no está predeterminado, sino que está en función la lucha permanente entre las clases sociales.

Este planteamiento está lejos del determinismo evolucionista que algunos marxistas se inventaron bajo la idea de la sucesión lineal de los modos de producción; el mismo Marx lo advirtió en 1876: “Quieren transformar mi explicación de los orígenes del capitalismo en Europa occidental en una teoría histórico filosófica de un movimiento universal

necesariamente impuesto a todos los pueblos, cualquiera que sea la circunstancia en la que se encuentren... Pero debo protestar por eso. Me hacen un gran honor, pero a la vez me desacreditan” (Marx y Engels, 1970: 489)

Un quinto aporte de Marx a la construcción de una historiografía crítica es la articulación de su producción teórica e investigación social con su práctica revolucionaria. Marx se hizo socialista antes y no después de haber concebido su teoría materialista de la historia. Esta unidad entre ciencia crítica y transformación social no siempre ha sido asumida por los académicos que se autodefinen como marxistas; al entender el marxismo como “filosofía de la praxis”, la unidad entre teoría crítica y práctica emancipadora es una exigencia desde la historia popular.

3.2. Del reduccionismo a la recreación del marxismo

Pese al carácter crítico y abierto de sus ideas y a que Marx advirtió repetidas veces sobre los peligros de la dogmatización de sus ideas, luego de su muerte en 1983, cuando su influencia empezó a crecer dentro del movimiento obrero y socialista, algunos de sus seguidores convirtieron al marxismo en una doctrina ortodoxa. El triunfo de la revolución socialista soviética en octubre de 1917, planteó el desafío de difundir las ideas marxistas a las masas de trabajadores de la naciente Unión Soviética y a las de otros países que querían imitarlos.

Así, nacieron manuales, como *La teoría del materialismo histórico* de Bujarin, iniciaron un proceso de simplificación y dogmatización del marxismo, que desnaturalizó su impronta crítica y su potencial investigativo. En la Unión Soviética, así como entre los partidos comunista bajo su influencia, el “marxismo leninismo” se utilizó como ideología de legitimación de las políticas oficiales, al cual debía plegarse la actividad académica; de hecho, Stalin había decidido en octubre de 1931, “que el trabajo de los historiadores se debía acomodar en todo momento a las directrices del Partido” (Fontana, 2002: 62).

En el campo de las nacientes ciencias sociales, las ideas de Marx sólo fueron reconocidas después de su muerte. Inicialmente, la discusión de la teoría marxista tuvo lugar al margen del mundo académico. Solo hasta la última década del siglo XIX el marxismo comenzó a enseñarse en algunas universidades y a discutirse en los congresos de sociología. En las vísperas de la revolución rusa, el marxismo se había consolidado como una teoría social ampliamente debatida dentro del movimiento socialista y entre algunos círculos académicos (Casanova, 1991: 20).

Como la revolución soviética se convirtió en un ejemplo a seguir entre las clases trabajadoras de otros países, las clases dominantes se esforzaron por neutralizar la influencia del bolchevismo y del marxismo en todos los campos de la vida social; en esta

tarea cumplieron un papel importante las ciencias sociales, ya en un creciente proceso de institucionalización (Fontana, 1982 y 2002).

Por un lado, frente a la difusión del materialismo histórico en medios académicos, autores como Collingwood, Splengler y Popper, cuestionaron la viabilidad de una ciencia histórica, argumentando la inexistencia de relaciones causales y regularidades en el devenir social y negando la posibilidad de una historia teórica; Popper calificó despectivamente de “historicismo” todo intento de comprensión holística de la historia. Por otra parte, aprovechando la simplificación del marxismo ortodoxo que predominaba en los países socialistas y partidos comunistas, la academia burguesa descalificó el marxismo como teoría y método de investigación, tildándolo de ideologizado y reduccionista.

Es por ello que los desarrollos más significativos del marxismo no se dieron dentro de las ortodoxas academias de los países socialistas, ni dentro de las institucionalizadas en los países capitalistas, con excepciones como el Instituto de investigación de Frankfurt; este fue creado en 1923 y desde 1930, bajo la dirección de Max Horkheimer, junto con Theodor Adorno, Erich Fromm y Herbert Marcuse, trabajó en la construcción de una “teoría crítica de la sociedad”, hasta que la llegada de los nazis al poder que obligó a emigrar a sus integrantes.

Los intentos más importantes de renovación del materialismo histórico en el periodo de entre guerras provinieron de cuatro intelectuales marxistas que se propusieron revitalizarlo para comprender y transformar las nuevas realidades históricas: Georg Luckas (1885-1971), Karl Korsch (1886-1961), Antonio Gramsci (1891-1937) y Walter Benjamin (1892-1940). Los planteamientos de los dos primeros fueron conocidos y condenados por la ortodoxia marxista de su época; la obra de Gramsci producida en la cárcel siendo prisionero del fascismo solo se conoció e influyó en la segunda mitad del siglo XX; la difusión y recepción de la obra de Benjamin es aún más tardía.

Por razones de espacio, solo nos referiremos sucintamente a algunos aportes de Gramsci y Benjamin al campo historiográfico y cuyo punto de partida fue el rechazo al determinismo economicista y al reduccionismo que predominaba en los manuales marxistas y en las lecturas de realidad que se hacían desde la izquierda y la academia ortodoxa.

Frente a estas tergiversaciones del marxismo, Gramsci plantea que éste es un método de interpretación histórica que se construye desde la investigación, y no por la aplicación de unos principios generales: “La realidad es rica en combinaciones extrañas y es el teórico quien está obligado a buscar la prueba decisiva de su teoría en esa misma extrañeza, a traducir en lenguaje teórico los elementos de la vida histórica y no, al revés, la realidad la que debe presentarse según el esquema abstracto” (citado por Fontana, 1982: 234). En el

mismo sentido, Benjamin crítica todo lo que puede haber de teología dentro del “materialismo histórico”.

Gramsci también cuestiona las ciencias sociales burguesas por su orientación positivista: lectura fragmentada de la sociedad, determinismo, y reduccionismo metodológico; por otro lado, entiende el marxismo como concepción del mundo y “filosofía de la praxis” que busca interpretar críticamente la realidad social como totalidad, articulado voluntad humana y estructuras sociales, con el fin de transformarla desde la acción política; para Gramsci, en el marxismo “el estudio de la sociedad y la intervención activa en ella constituyen una unidad indisoluble” (Gallino, 1980: 11).

Frente al economicismo marxista, Benjamín, en sus Tesis sobre la Historia, reivindica la importancia de las dimensiones culturales e intersubjetivas en la comprensión histórica: “la lucha de clases, que el historiador educado en Marx tiene siempre frente a sus ojos, es la lucha por las cosas rudas y materiales, sin la cual no hay finas y espirituales. No obstante, estas últimas están presentes en la lucha de clases de otro modo que como la mera representación de un botín que le cae en suerte al vencedor. Están vivas en esa lucha como confianza, valentía, humor, astucia, emprendimiento, y ejercen su eficacia remontándose a lo remoto del tiempo. Una y otra vez pondrán en cuestión cada victoria que logren los dominantes” (Benjamin, 1996: 49-50).

3.3. La historiografía marxista inglesa

Después de la Segunda Guerra Mundial emergió en Inglaterra un movimiento de historiadores militantes activos del partido Comunista, influidos inicialmente por historiadores liberales radicales y socialistas no marxistas, que renovaron significativamente la historiografía marxista. Consus investigaciones y a través de revistas como *Marxsimtoday* y *Past and present*(1952), plantearon debates teóricos como las transiciones del feudalismo al capitalismo (Dobb, 1946; Hilton, 1987) y el lugar de la cultura en la historia (Hill, 1985; Rudé, 1982; Thompson); con sus trabajos historiográficos, aportaron al conocimiento de la formación histórica del capitalismo, de los movimientos populares previos y posteriores a la revolución industrial (Rudé, 1978 y 1988; Hobsbawm, 1959) ya la comprensión de la formación de las clases trabajadoras (Hobsbawm, 1964; Thompson, 1963; Samuel, 1981).

Sin desconocer la vastedad y riqueza de la producción historiográfica y aportes teóricos de esta escuela histórica a lo largo de seis décadas de existencia, a continuación haré un sucinto balance de sus aportes a la historiografía marxista. En primer lugar, desde sus inicios, las diferentes generaciones de historiadores han tomado distancia crítica con toda dogmatización y reduccionismo del pensamiento marxista, sea el economicismo determinista de la historiografía soviética o el estructuralismo de Luis Althusser.

En contravía de la ortodoxia marxista, han reivindicado el materialismo histórico como una perspectiva metodológica crítica y abierta: “Marx, al acompañarnos a pasar el umbral, nos deja junto a la puerta; dejamos atrás nuestros viejos problemas y adquirimos una perspectiva sobre un conjunto de problemas que están adelante, de los cuales él pudo ver algunos, sin poder resolver más que unos pocos. Nos coloca en un nuevo espacio teórico, desde el cual se abren diversos desarrollos alternativos que llevan adelante” (Thompson, 1981)

En consecuencia, contribuyeron a enriquecer los estudios sobre los orígenes, el desarrollo y la expansión del capitalismo, a nivel mundial, articulando dimensiones económicas, sociales y culturales. También ampliaron la comprensión de la lucha de clases, las clases sociales y la conciencia de clase, como categorías históricas y no como conceptos abstractos; es el caso de la clase obrera británica cuya existencia no deriva solamente de ocupar un lugar determinado en la estructura de producción, sino porque a través de su prolongada lucha contra sus condiciones de explotación, fue creando unas instituciones, unas prácticas y compartiendo una cultura y una conciencia como clase.

En esta misma perspectiva, los historiadores marxistas le dieron un papel central a la dimensión cultural de las luchas sociales; frente a los límites del determinismo economicista para dar cuenta de los fenómenos “supra estructurales”, en sus estudios han reconocido el carácter activo que juegan los procesos culturales, tales como las ideologías, las representaciones simbólicas, las costumbres en común y la experiencia de los sujetos frente a sus condiciones y situaciones históricas en que se encuentran y que producen desde sus prácticas.

Frente al marxismo escolástico y especulativo que predominó en el mundo académico, estos historiadores basaron sus novedosas interpretaciones históricas en rigurosos estudios empíricos respaldados en abundante uso de fuentes, haciendo uso crítico del legado marxista y en diálogo con otras corrientes teóricas y metodológicas provenientes de otras ciencias y teorías sociales.

Los estudios y reflexiones de George Rudé, Eric Hobsbawm, E. P. Thompson y Raphael Samuel contribuyeron a la creación de la perspectiva de “historia desde abajo”, centrada en las visiones, experiencias, acciones y luchas de las clases populares (el pueblo llano, los campesinos, la clase obrera y otros grupos rebeldes) de la cual nos ocuparemos en el capítulo siguiente. El trabajo de este grupo de historiadores, también ha contribuido a la formación de una conciencia histórica y una cultura democrática, en Gran Bretaña como entre el público mundial que ha tenido acceso a su producción bibliográfica. En particular, las síntesis históricas elaboradas por Hobsbawm (1962, 1979 y 1994) sobre diferentes periodos de la historia contemporánea, han influido en la representación de amplios sectores del público “ilustrado” sobre el pasado histórico reciente.

3.4. El marxismo en la historiografía latinoamericana

El materialismo histórico y la historiografía marxista han influido en la investigación histórica latinoamericana lo largo del siglo XX, tanto por obra de historiadores provenientes de países del Norte, como por autores de la Región. Sin ser el primer marxista latinoamericano, Juan Justo, fundador del partido socialista argentino, traduce en 1895 *El capital* y publica en 1909 *Teoría y práctica de la historia*; este pensador, representa un hito en la recepción eurocéntrica del marxismo en la Región, que ha caracterizado buena parte de los estudios históricos marxistas, que dan prioridad a los referentes teóricos y experiencias de los países centrales, desconociendo la especificidad histórica de nuestras sociedades.

Un segundo hito es el peruano José Carlos Mariátegui (1895-1930), fundador del Partido Socialista de su país, quien decididamente renovó la recepción del marxismo en el continente, al visibilizar la singularidad de nuestras sociedades, en particular la existencia de los pueblos indígenas, que plantean desafíos teóricos y políticos al marxismo (Mariátegui, 1981). Pese a este reconocimiento pionero de la cuestión indígena, de hecho, la relación entre el marxismo y otras tradicionales revolucionarias—como la sustentada en las luchas indígenas—ha sido descrita por Álvaro García Linera (2005) como un “desencuentro.”

En la medida en que, a lo largo del siglo XX fueron formándose partidos de izquierda, también fue generándose un interés por parte de los mismos por rescatar y visibilizar la historia de las luchas populares y revolucionarias, y en particular las del movimiento obrero internacional y de cada país. Así fueron apareciendo libros y materiales de divulgación al respecto; salvo excepciones, la mayoría de estos estudios tenían como propósito divulgar las posiciones políticas del respectivo partido, quedando en un segundo plano el rigor investigativo. En todo caso, además de relatar los hitos de su trayectoria, estos estudios inspirados en un marxismo doctrinal, abordaron temas como sus relaciones con el Estado y los partidos, su carácter de clase y potencia revolucionario.

Desde la década de los sesenta, a partir de su crítica al desarrollismo, algunos pensadores sociales marxistas, se propusieron caracterizarla formación del capitalismo en América Latina, retomando para el continente debates clásicos dentro del marxismo como la transición del feudalismo al capitalismo y la acumulación originaria de capital (Bagú, 1949; Gunder Frank, 1968;; Vitale, 2012). Estas discusiones decantaron a fines de la década de 1960, en la elaboración de la teoría de la dependencia, que buscaba explicar la especificidad del “atraso” de los países latinoamericanos, en las relaciones de dependencia con los países metropolitanos (centro). En buena medida, la perspectiva marxista fue la principal referencia teórica del debate, como puede evidenciarse en publicaciones como: *Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina* (Gunder

Frank,1968),*Dependencia y desarrollo en América Latina* (Cardoso y Faletto,1969), *Dependencia y cambio social* (Dos Santos) y *Dialéctica de la dependencia* (Mauro Marini, 1973). La discusión sobre la dependencia y la dominación imperialista inicialmente centrada en lo económico, impactó otros campos sociales (la cultura, la educación, la comunicación la religión) y contribuyó a que el marxismo, como teoría y método de análisis, se generalizara en el conjunto de las ciencias socialesde toda la región.

4. La emergencia de una “historia desde abajo”

4.1. La historia como discurso hegemónico

Es evidente el papel del saber histórico en el juego de fuerzas de poder presentes en el contexto donde se produce. Pocas modalidades del saber desempeñan un papel tan definido en la reproducción o transformación del sistema establecido de relaciones sociales como la historia... “no hay discurso histórico cuya eficacia se puramente cognitiva; todo discurso histórico interviene en una determinada realidad social donde es más o menos útil para las fuerzas en pugna” (Pereyra, 1985: 34).

Por ello, la historia ha sido un campo de lucha entre quienes detectan y se disputan el dominio y orientación de la sociedad. Así, mientras los sectores dominantes de una sociedad, buscan construir concepciones y versiones del pasado orientadas a legitimar su hegemonía, a su vez, los sectores subalternos y las fuerzas políticas y sociales que les disputan el poder, procuran producir lecturas del pasado acordes con sus proyectos.

Más allá de querer imponer sus propias versiones del pasado, lo que está en juego es el control sobre la memoria social, dado que desde ella se estructuran las identidades sociales, se legitiman, impugnan y redefinen las relaciones de poder que atraviesan el cuerpo social y se definen los campos de lo posible, las visiones y proyectos de futuro que dan sentido a las prácticas sociales presentes. Dado que la construcción del pasado es fuente de cohesión, identidad social y proyección histórica, las luchas que se dan entre las diferentes versiones de la historia de alguna manera expresan y contribuyen a alimentar las batallas presentes entre los diversos actores sociales.

Ya en las antiguas civilizaciones existían individuos especializados en registrar aquellos acontecimientos y conocimientos que se consideraban valiosos para los grupos dominantes, fueran grandes guerras y batallas, genealogías dinásticas, códigos morales o límites de sus dominios. En la antigua Grecia, Herodoto y Tucídides relataron las guerras de su época, y durante la Edad Media europea, los monjes de los monasterios registraban los acontecimientos y la vida de personajes ejemplares, generalmente guerreros y religiosos. A partir de la aparición de los Estados monárquicos, desde el siglo XV, la labor de los historiadores se identificó con los intereses de príncipes y monarcas.

Dicho sometimiento de la historia a la política se institucionalizó en el siglo XIX cuando la historiografía asume la tarea de reconstruir el pasado de los nacientes Estados Nacionales; aunque se presentó a sí misma como una reconstrucción fidedigna del pasado, cuya objetividad se justificaba en el uso de documentos producidos por el Estado y las élites letradas y en la crítica de dichas fuentes. En realidad, el historiador no era sujeto, sino

técnico de esta operación; estaba al lado del poder, del cual recibía las directrices de lo que hacía y cuyos productos eran funcionales a su hegemonía.

La historia “universal” y las historias “nacionales” fueron genealogías del poder colonial, nacionalista y burgués que se consolidó a nivel mundial entre la segunda mitad del siglo XX y comienzos del siguiente. Estas versiones gloriosas del “progreso” humano, tenían como protagonistas a las élites políticas y económicas de los países del Norte, dejando por fuera de la historia a los pueblos no europeos y a la mayor parte de la población: obreros, campesinos, pobres urbanos y mujeres; en sus versiones criolla, además se excluían los indios y los negros. Las pocas veces que sectores subalternos aparecían en la historia tradicional, eran representados como personajes pintorescos o pasivos colaboradores de héroes y caudillos. En aquellos hechos donde era indudable su presencia (por ejemplo, la revolución francesa o el “Bogotazo” de 1948) eran presentados como “plebe”, masa informe, muchedumbre asociada a la turba y al tumulto.

Si bien es cierto que la Nueva historia renovó las prácticas historiográficas a lo largo del siglo XX, ampliando su objeto y fortaleciendo su utillaje conceptual y metodológico, ello no significó un cambio del lugar social ni en la perspectiva política del conocimiento histórico. La historia científica paulatinamente se fue institucionalizando y subordinando a las demandas del poder; como gremio, los historiadores han asumido la comodidad e indiferencia de los especialistas; la escritura de la historia es su “territorio” y no el presente, ni la historia presente que pueda comprometerlos.

En términos de sus contenidos, su afán por tomar distancia con la historia política y acontecimental, llevó a que buena parte de la producción historiográfica realizada o inspirada por los Annales y por cierto marxismo economicista, priorizara el estudio de las estructuras económicas, demográficas y sociales en clave de la larga duración. Desplazado el protagonismo de las élites, pasaron a ser las invisibles fuerzas macro-sociales y el silencioso transcurrir de las estructuras, los factores explicativos de los cambios históricos. En consecuencia, los sectores populares, su cotidianidad, sus luchas y conflictos continuaron ausentes; los excluidos de la historia patria, en la Nueva Historia aparecen de modo abstracto como dato estadístico, como mano de obra o consumidor.

En el contexto del actual fraccionamiento y dispersión del campo temático de la historiografía profesional y académica, en algunas ocasiones, “lo popular” es considerado un objeto más de interés historiográfico, entre la amplia oferta del mercado historiográfico. En este sentido, muchos estudios sobre “las clases bajas”, “grupos marginales” y “culturas populares”, los subalternos son reducidos a datos demográficos y estadísticos, a sus prácticas simbólicas y cotidianas, a población pasiva representada o “imaginada” por otros (El estado, las élites, la literatura); en la mayoría de los

casos, desconociendo su carácter de sujetos históricos y las relaciones de poder en los que están insertos.

4.2. La historia “desde abajo” europea

Los sectores subalternos, no han requerido de los historiadores para reconocer el papel del pasado en sus resistencias contra el poder dominante y desde sus luchas por construir alternativas a dicha condición. Por un lado, rechazando las imágenes del pasado generadas desde el poder opresor, como lo evidencia la recurrente destrucción de monumentos en coyunturas de rebelión. Por otro lado, acudiendo a su memoria del pasado para afirmar sus luchas presentes; unas veces, reivindicando personajes y hechos ocultados o tergiversados por la historia oficial; otras, activando y reinventando símbolos, narrativas y tradiciones de resistencia, que afirman su identidad y sus utopías.

Desde el campo historiográfico europeo, en el contexto de la irrupción de las clases populares en las revoluciones europeas de los siglos XVIII y XIX, algunos historiadores buscaron reivindicar la historia de los sectores oprimidos de la sociedad. El primero fue John Wade, quien hizo en 1833 una *Historia de las clases media y trabajadora*, primer antecedente de la historia obrera. En Francia se destaca Jules Michelet (1798 – 1874) quien se ocupó de rescatar del pasado personajes colectivos y anónimos, como el pueblo, la mujer y las brujas; también George Lefebvre quien, en su obra *El Gran Pánico de 1789* evidenció el importante papel de los campesinos y el pueblo bajo en la Revolución. Este último fue más allá, al plantear la necesidad de una “perspectiva desde abajo” para ver la historia, entendida como el reconocimiento de “las necesidades, los intereses, los sentimientos y sobre todo, el contenido mental de las clases populares”.

Historiadores socialistas y demócratas radicales de fines del siglo XIX y comienzos del siglo actual, destacaron la presencia de las clases populares en sus trabajos, privilegiando la “historia del movimiento obrero”. Décadas más adelante, surgió el interés, por hacer la historia de los campesinos, despreciados no solo por las clases dominantes de la época, sino también por muchos revolucionarios que magnificaron el proletariado urbano como único sujeto histórico.

Como se señaló, fue en Inglaterra, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando un grupo de historiadores, marxistas y militantes comunistas, emprendió un proyecto colectivo de historia social de la “gente del común”. Dicha “historia desde abajo” no es entendida por estos investigadores, “no consiste únicamente, en desplazar el foco de interés desde las élites hacia las vidas, actividades y experiencias de la mayoría de la población” (Casanova, 191: 97), sino el de reconocer – sin idealizar – el papel de sus luchas y movimientos, en la vida histórica. En consecuencia, los temas de estudio más recurrente

de estos historiadores han sido las protestas populares y la formación de las clases trabajadoras.

Uno de los principales representantes de esta generación es George Rudé, cuya obra incluye estudios pioneros de los movimientos populares preindustriales en Inglaterra y Francia, análisis de las multitudes y sobre la conciencia e ideologías populares (Rudé, 1974, 1978, 1982 y 1989). Además de su rigor metodológico basado en trabajo de archivo y análisis cuantitativo, hizo grandes aportes a la conceptualización de las multitudes en la historia, destacando la necesidad de analizar el contexto en el que actúa, sus causas, su composición social, sus formas de acción, sus intenciones y su "ideología".

Eric Hobsbawm, además de sus connotadas obras de síntesis histórica, también hizo notables contribuciones a la historia social. Se ocupó de temas como el bandillaje político y la protesta pre política, en *Rebeldes primitivos* (1968); en *Revolucionarios* (1973) reunió ensayos sobre las organizaciones políticas y las ideologías radicales; en *Trabajadores. Estudios de la historia de la clase obrera* (1980) y *El mundo del trabajo* (1984) reunió diferentes estudios heterodoxos sobre los orígenes y desarrollos de la clase obrera en Europa. Además, a este autor se deben dos de los más completos balances sobre la "historia desde abajo" (1974 y 1998).

Por su parte, E. P. Thompson también ha contribuido a este campo historiográfico, tanto con sus investigaciones sobre las protestas populares en el siglo XVIII (1979 y 1995) y sobre la formación de la clase obrera inglesa (1989), como en su defensa intelectual de la especificidad epistémica y metodológica del materialismo histórico y cultural (1981). En todos los casos, su trabajo ha enriquecido el marxismo, incorporando dimensiones culturales en la comprensión de las formas de dominación social y de la lucha de clases, incorporando categorías como "economía moral", "experiencia" e identidad de clase.

Para él, la historia desde abajo representa un doble esfuerzo. Uno, más evidente, el de rescatar la presencia de la gente sencilla en la vida histórica, tal como lo afirmó en su principal obra: "Trato de rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludista, al "obsoleto" tejedor manual, al artesano "utópico", e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott, a la enorme condescendencia de la posteridad [...] Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y si fueron víctimas de la historia, siguen, al condenarse sus propias vidas, siendo víctimas" (Thompson, 1989: 286). El segundo, es el de ampliar, desde la experiencia de las clases subalternas, una lectura de conjunto de la vida social, que no pierda de vista sus dimensiones estructurales y las relaciones de poder.

En el mismo sentido, Raphael Samuel (1984) afirma que "La historia popular no es o no debería ser una sencilla cuestión de cambio de temática, sino más bien una manera diferente de examinar el conjunto de la sociedad". También este historiador ha impulsado,

a través del proyecto y revista *Workshop history*, una mayor relación con los trabajadores y la democratización de la producción historiográfica, elaborando historias locales y de sus luchas recientes.

En Francia, después de la revuelta estudiantil de mayo de 1968, algunos historiadores de los *Annales* se han interesado por la vida cotidiana, la vida corriente de los grupos sociales excluidos y marginados. Se destaca el libro *Montaillou. Una aldea occitana* (1975) de Emmanuel Le Roy Ladurie en el que se describe una aldea campesina medieval enclavada en los Pirineos, basándose en el libro de actas de la Inquisición levantadas durante la investigación de un caso de herejía en el siglo XIV.

Por la misma época, el historiador Carlo Ginzburg publica *El queso y los gusanos* (1976), en el que reconstruye el mundo intelectual de un molinero italiano del siglo XVI apodado Menocchio, también investigado por la Inquisición. La obra, permite mirar los problemas de la reconstrucción de las culturas populares en sociedades preindustriales, en las cuales confluyen viejas formas de pensamiento tradicional con las influencias provenientes del mundo social y cultural de la época.

Este trabajo, junto con el de otros historiadores italianos como Giovanni Levy, dio origen a la llamada “microhistoria”, corriente que insiste en que la mirada microscópica de los fenómenos históricos permite ver en su densidad, problemas que no son percibidos desde la mirada telescópica de las historias estructurales de escala nacional. Estas historias locales ofrecen la posibilidad, por ejemplo, de reconocer como las clases subalternas, desde su experiencia cotidiana, perciben sus condiciones de opresión y generan sus resistencias y alternativas. (Levy, 2003; Aguirre, 2009)

En Alemania y dentro del contexto de la renovación historiográfica iniciado en la década de los setenta del siglo XX, surgió una tendencia de “historia social crítica” que se distanció de las historias estructurales, interesándose por el estudio de la experiencia de los sujetos populares y de su acción colectiva. Algunos centraron su atención en lo cotidiano, para ver allí tanto las resistencias como las colaboraciones con los poderes opresores (Millán, 2002). El exponente más destacado de esta historia social crítica es Jürgen Kocka quien, además de sus investigaciones sobre el socialismo en Alemania del Este y su crisis, ha hecho notables aportes a la historiografía comparada y al debate teórico sobre la historia social (Kocka, 2002).

Un trabajo individual, pero en diálogo con otros historiadores y científicos sociales, es el libro de James Scott (2000) *Los dominados y el arte de la independencia*; a partir de numerosas evidencias históricas de diferentes lugares del mundo, el autor analiza las diferentes estrategias de resistencia generadas por los actores dominados, desde el anonimato de su vida cotidiana y privada.

4.3 Los Estudios subalternos de la India

La historia moderna no solo excluyó a los sujetos subalternos, sino a los pueblos no europeos. Una crítica al carácter eurocéntrico de la historiografía occidental surgió a partir de la década de los setenta en la India, en torno al proyecto editorial *Subalternstudies* liderado por Ranajit Guha; en el manifiesto inaugural del proyecto, denunciaba el carácter colonial y elitista de la historia nacionalista india, que había heredado todos los prejuicios de la mirada británica y, que por tanto, era incapaz de mostrar la contribución del pueblo, al proceso de independencia de la India.

Inspirado en Gramsci, muestra como la representación de lo “nacional” agenciada por los historiadores de la post-independencia, desconocía la participación de las *clases subalternas*, “que constituyen la masa de población trabajadora y los estratos intermedios en la ciudad y en el campo” (Guha, citado por Fontana, 2002: 173). Tal desconocimiento también era compartida por los historiadores que pretenden estar del lado de los insurgentes, tanto porque las fuentes oficiales impiden reconocer la mirada de los subalternos, como porque no se desprendían del relato moderno de la nación.

De este modo, la subalternidad no solo una condición de los sujetos populares, sino en la escritura de los historiadores, subordinada a la narrativa moderna europeizante de historia nacional. En el discurso histórico académico, la experiencia europea es el referente de todas las historias; todas las historias tienden a ser variantes del mismo modelo narrativo que podría llamarse “historia de Europa” (Chakrabarty, 1992: 37).

En 1981, un grupo de jóvenes historiadores se reúne con Guha, con el propósito de compensar esta perspectiva historiográfica que había privilegiado el papel de las élites en la construcción de la nación y que se apropiaba de la representación de lo popular, rescatando el papel de los movimientos campesinos, obreros y grupos tribales dentro del movimiento emancipador indio. En la perspectiva de la “historia desde abajo” pretendían reconocer “las formas constitutivas de conciencia y cultura de los subalternos... reconociendo su calidad de sujetos plurales y descentrados” (Zermeño, 1999: 23 - 24).

Su preocupación por rescatar a los subalternos como agentes de su propio destino, sin quedar atrapados en la prisión de la narrativa moderna de lo nacional”, los llevó a asumir la categoría de subalternidad como “forma cultural que señala los límites de lo posible o como denuncia de las fallas de un sistema o modelo de sociedad” (Zermeño, 1999: 28). Así, recuperar la experiencia del pasado de los subalternos va más allá de la buena voluntad de los historiadores; rescatar los sentidos que animan sus acciones colectivas de los subalternos cuando estos no han dejado sus propias fuentes, exige deconstruir las escrituras históricas que los han representado desde lo hegemónico (fuentes coloniales e historiografía oficial).

El proyecto de los estudios subalternos de la India, fue acogido entusiastamente por algunos intelectuales latinoamericanistas, radicados en Estados Unidos, quienes conformaron el *Grupo de estudios subalternos latinoamericanos* y emitieron en 1993 una Declaración o manifiesto en el cual critican los paradigmas (marxismo, teoría de la dependencia y de la modernización) que han gobernado el análisis social en la región; a partir de esta vaga denuncia, anuncian un programa alternativo: “un trabajo arqueológico en los intersticios de las formas de dominación” (Bustos, 2002: 231).

Dicho manifiesto (Castro-Gómez y Mendieta, 1998) ha sido cuestionado por historiadores como Mallón (1994) y Bustos (2002), principalmente, por desconocer la producción historiográfica latinoamericana en materia de historia social, por la perspectiva “textualista” del diagnóstico y desconocer la singularidad y complejidad de la “herencia colonial” y de lo subalterno en América Latina. Más allá de estos cuestionamientos, habría que ver si, además de esta declaración, el Grupo han realizado investigaciones que permitan evaluar los alcances y limitaciones del proyecto subalterno, que seguramente desde sus creadores indios, no tuvo pretensión de universalidad².

4.4 Las “Historias desde abajo” latinoamericanas.

En América Latina existe una larga tradición de estudios que pretenden reivindicar el papel de los sectores populares en nuestra historia. Por el carácter de esta publicación no podemos hacer un análisis riguroso del conjunto de esta historiografía, pero si reconocer algunos hitos y rasgos generales de su trayectoria, señalando algunas temáticas, discusiones y publicaciones significativas, particularmente, las publicadas en Colombia.

Desde los inicios de la dominación colonial, la generación de saber histórico procuró ser controlado por la Corona, a través de las Crónicas de Indias que relataban, desde la perspectiva de los invasores, los acontecimientos referidos a la conquista y colonización del continente americano. Simultáneamente, desde los pueblos indígenas se producían versiones propias sobre la dominación, tales como los escritos mayas *Popol Vuh* y *Chilam Balam* los códices aztecas que relatan las atrocidades de la conquista. El historiador mexicano Miguel León Portilla (1959) ha recopilado algunos testimonios indígenas bajo el nombre de *La visión de los vencidos*.

A comienzos del siglo XVI, el indígena Guaman Poma de Ayala, nacido en Huamanga (Perú) escribió una carta al rey de España, titulada *Nueva crónica y buen gobierno* en la que denunciaba las injusticias y el maltrato de los conquistadores y funcionarios reales sobre

² Vale la pena señalar que en 1997, las historiadoras Silvia Rivera y Rossana Barragán publicaron una antología de textos de los principales exponentes del proyecto de estudios subalternos, bajo el título *Debates post Coloniales. Introducción a los estudios de la subalternidad* (La Paz, SEPHIS); una década después fue hecha una segunda edición colombiana por parte de la Universidad Sur Colombiana de Neiva

los pueblos indígenas³. Además de representar un paradigmático ejemplo de historia desde abajo, el autor asume una estrategia de escritura que combina textos en español y quechua, así como dibujos de las situaciones que narra.

A comienzos del siglo XX y en el contexto de las diferentes oleadas de movimientos populares que sacuden los países de la región se reactiva el interés por hacer historia de los subalternos y sus luchas. Así, por ejemplo, la Revolución mexicana y las luchas agrarias van a atraer la atención de historiadores y literatos hacia los campesinos. Con el proceso de industrialización –ocurrida de manera desigual en los diferentes países- también emergen las clases obreras y el interés de los historiadores marxistas por comprenderlas. Estas primeras historias nacionales del movimiento obrero, centran su atención en sus protestas, sus organizaciones, sus vínculos con los partidos y con el Estado.

De nuevo, a partir de las décadas de los sesenta y setenta, con la oleada de ascenso de luchas sociales (campesinas, indígenas, barriales, etc.) se expande el interés por rescatar en el pasado los antecedentes de dichas luchas. Se destacan los trabajos sobre la resistencia indígena a la invasión europea (De Col, 1973; Valencia, 1991); sobre las rebeliones indígenas y populares en la colonia, como la de Tupac Amaru en Perú y la de los comuneros en Colombia (Valcárcel, 1965 y 1982; Castro y otros, 1992; Flores Galindo, 1986; Posada, 1970, García, 1983; Aguilera, 1985); sobre la población afro y sus luchas (Mellafe, 1973; Escalante, 1964), sobre las organizaciones y luchas de los artesanos (Vargas, 1972; Rivera y Lehm, 1988; Aguilera, 1996), sobre las luchas campesinas (Mires, 1988; Tovar, 1974; Gaitán, 1976; Sánchez, 1977).

Por la misma época, algunos líderes populares escribieron o aportaron su testimonio sobre su participación en luchas sociales, tales como Manuel Quintín Lame, Domitila Chungara (1978) y Rigoberta Menchú (1982); algunos fueron más allá y escribieron sus propias versiones de las mismas (Torres Giraldo, 1973). Por otra parte, organizaciones sociales han buscado recuperar su historia desde su propia perspectiva, con el apoyo de investigadores solidarios con sus luchas; en Colombia, son representativas las indagaciones desde el movimiento indígena del Cauca (Rappaport, 2000), las luchas campesinas en la Costa Atlántica (Fals Borda y Fundación La Rosca) y sindicales (Núñez y otros, 2009).

La profesionalización de historiadores facilitó a recepción de la historiografía marxista inglesa y posibilitó que desde la década de los 80 se realizaran trabajos más rigurosos sobre la historia de la clase obrera, así como de otras luchas (campesinas, populares, feministas, estudiantiles). Estos trabajos incorporan los contextos cotidianos de sus protagonistas, sus lecturas y significaciones sobre las situaciones injusticias y de sus

³ Fue descubierta en 1908 en la Biblioteca Real de Copenhague, Dinamarca. El documento completo, de 1189 páginas, puede consultarse en: <http://www.kb.dk/permalink/2006/poma/info/es/frontpage.htm>

repertorios de acción colectiva para denunciarlas y enfrentarlas, (Salazar, 1986 y 2003; Aguilera y Vega, 1991; Achila, 1991; Torres, 1993a; Adamovsky, 2012; Vega, 2002, Núñez, 2006; Varela y Romero, 2007).

4.5. Diversos modos de hacer historia popular

Hecho este recorrido, podemos afirmar que la preocupación por escribir una historia “de los de abajo” ha construido una tradición historiográfica que emerge como corriente alternativa a la historia tradicional y científicista, que niega, subordina o funcionaliza el papel de los sectores subalternos en el devenir social. Tradición que no conforma una corriente unitaria, sino en la que podemos distinguir distintas tendencias o maneras de entender el sentido y la práctica de producción de conocimiento sobre el pasado popular.

Por un lado están las versiones románticas de la historia de lo popular, que surgieron en el siglo XIX que exaltan el protagonismo de los sectores subalternos (pobres, la mujer, los marginales), encumbrando sus virtudes. Esta concepción histórica se reeditó en las versiones del revisionismo histórico y en ciertos materiales de divulgación, que se concentran en acontecimientos gloriosos en donde es visible la participación del pueblo (Movimiento comunero, 20 de julio de 1810, 9 de abril de 1848). Esta perspectiva, si bien es cierto que juega un papel ideológico de cuestionamiento de la historia elitista, muchas veces se constituye en su espejo: una historia lineal, episódica con nuevos héroes y mártires populares.

Con el advenimiento de una historiografía científicista con pretensión de universalismo y objetividad, con su interés por los hechos de masas y lo estructural, también se forma una segunda tendencia de historia del mundo popular, ahora entendido como Sujeto histórico abstracto, ya sea como masa social, como clase o movimiento social. Si bien es cierto que esta lectura “científica” posibilitó una interpretación más estructural y del lugar de los grandes actores colectivos en el devenir social, eclipsó las dimensiones culturales, intersubjetivas y cotidiana de los sectores subalternos y su determinismo desconoció su capacidad de agencia, en la medida en que su acción está gobernada por las grandes fuerzas o tendencias históricas.

Una tercera manera de entender la historia de los sectores oprimidos, es la representada por los historiadores marxistas ingleses y sus seguidores, que los libera del mecano determinista del científicismo y el marxismo ortodoxo, visibilizando su experiencia cotidiana y sus dimensiones culturales (simbolismo, creencias, ideologías, representaciones, imaginarios). Estas versiones pudieron reconocer “desde abajo” la mirada y la voz de las clases subalternas, ampliando el uso de fuentes y técnicas de análisis social y cultural, y cuyos productos han logrado incidir en la representación de la acción colectiva popular, en vastos sectores de opinión.

Una cuarta modalidad de historia de los de abajo es aquella que reconoce el protagonismo de los sectores populares en la historia materia, sino que también su potencial como sujetos de conocimiento histórico. Si en las anteriores versiones historiográficas que simpatizan, teorizan o se comprometen con los subalternos, son asumidos como “objeto de conocimiento”, en ésta última se les involucra en la producción de conocimiento sobre su pasado. Estamos refiriéndonos a diferentes experiencias de “recuperación” o re-construcción colectiva de historias y memorias populares surgidas en América Latina, en la confluencia entre organizaciones populares con investigadores sociales quienes “han comprendido que el pasado es asunto de todos, y han tratado de dar de la historia y del conocimiento histórico, una definición más colectiva, menos especializada y técnica” (Chesneaux, 83: 23).

Es sobre esta tendencia de historia popular a la que nos referiremos en los dos capítulos siguientes, no solo por ser poco conocida tanto en medios académicos como sociales, sino porque, constituye una alternativa a la producción de conocimiento hegemónico, con un alto potencial emancipador y de transformador.

5. La construcción colectiva de historias populares

5.1. De la historia popular a la (re)construcción colectiva de la historia

Consideramos como historia popular, aquellas iniciativas investigativas y propuestas historiográficas que se relacionan con los oprimidos, no como objetos de conocimiento, sino como lugar político y epistemológico de comprensión del devenir histórico en su conjunto desde un interés emancipador. No es una historia “sobre los de abajo, sino una perspectiva para hacer historia “desde abajo”. Así, lo popular no es solo el conjunto de sectores sociales en condición de subalternidad, sino un horizonte de sentido para interpretar y transformar la sociedad en su conjunto

En efecto, tal como lo expresa Raphael Samuel: "la historia popular representa siempre un intento de ensanchar la base de la historia, de aumentar su materia de estudio, de utilizar nuevas materias primas y ofrecer nuevos mapas de conocimiento". Así, la historia popular no sólo es un nuevo campo temático legítimo y reconocido por el gremio de los historiadores, sino principalmente un lugar metodológico para comprender el conjunto de las sociedades de las que constituyen una mayoría, y un lugar político desde el cual orientar la acción colectiva de los sectores subalternos

Asumir la historia popular como perspectiva epistémica y política exige, en primer lugar, reconocer la historicidad de los sectores populares, como constructores permanentes de su historia, dentro de los marcos de posibilidad de los contextos en los que actúan. Decir que estos hace la historia significa, “en primer lugar, a través del trabajo productivo en el contexto de un orden que sostiene el conjunto social; en segundo lugar, a través de sus múltiples formas de resistencia al orden establecido, desde las marginales, individuales y cotidianas hasta las abiertas y directas acciones de rebeldía colectiva”(Chesneaux, 1985).

En segundo lugar, implica admitir que los sectores populares mantienen una relación activa con su pasado a través de múltiples estrategias de elaboración y activación de su memoria colectiva. En palabras de Florescano (2012; 21): “desde tiempos remotos, los pueblos acuden al pasado para combatir el paso corrosivo del tiempo sobre las fundaciones humanas; para afirmar solidaridades asentadas en orígenes comunes; para legitimar posesión de un territorio; para sancionar el poder establecido; para respaldar con el prestigio del pasado vindicaciones presentes; para fundamentar en un pasado compartido la aspiración de construir una comunidad (local, regional, nacional, continental); o para darle sustento a proyectos disparados hacia la incertidumbre del futuro” (Florescano, 2012: 21).

En tercer lugar, que los sujetos populares no solo tienen poder de actuación histórica y saber histórico de su pasado, sino también que pueden ser productores de conocimiento histórico sobre y desde su acción histórica. La historiografía popular alcanza su plenitud

cuando es construida colectivamente por los hacedores de historia real y de memoria social, cuestionando no solo el elitismo del protagonismo histórico (propio de la historia tradicional), sino también el elitismo intelectual de la historia profesionalizada, incluido, el de los historiadores sociales estudiosos de “los de abajo”. Pese a su radical crítica frente a la historia oficial y científicista, a excepción del proyecto *Workshop history*, no cuestionaron que la producción del conocimiento histórico fuera patrimonio exclusivo del gremio; mantuvieron la política de “representar” a los subalternos (Spivak, 2003).

Al comenzar la década de los ochenta, a partir de la crítica al monopolio de producción de conocimiento histórico por parte de los especialistas, el historiador francés Chesneaux se preguntaba “¿Qué puede ser una historia hecha por las gentes de abajo, en función de necesidades propias? ¿Una historia que no habría que conceder a los profesionales sino un papel de auxiliares, no de depositarios privilegiados?” (Chesneaux, 1983: 168). Hoy, podemos responderle que esa historia hecha por los “de los de abajo” es una realidad en América Latina, donde se viene gestando diferentes prácticas que han posibilitado que la gente común produzca conocimiento sobre su historia; dichas prácticas se conocen con diferentes nombres como *recuperación colectiva de la historia* (Cendales, Peresson y Torres, 1990), *recuperación crítica de la historia* (Fals Borda, 1985) y *recuperación de la memoria popular* (Acuña, 1986)⁴ y que en este libro llamaremos *Re-construcción colectiva de la historia* (en adelante, RCH).

Este conjunto de propuestas investigativas, surgieron simultáneamente en varios países de América Latina en la década de los ochenta del siglo XX en los márgenes del mundo académico, articuladas a procesos de lucha popular y agenciadas por Centros de educación Popular⁵; para el caso chileno, Salazar (2006) destaca el creciente interés que los sectores populares, desde mediados de la década de 1980, por intercambiar sus recuerdos y exponer por escrito de su memoria colectiva. Tal vez lo más significativo es que estas prácticas cuestionaron los presupuestos epistemológicos – y políticos – de la historia disciplinar, y plantearon otras maneras de hacer historia desde la perspectiva y horizontes emancipadores de los movimientos culturales y sociales que se asumían como alternativos o populares (Cuevas, 2005).

⁴ La expresión “recuperación histórica” cobró fuerza en la coyuntura de los años 70 y 80, por estar en sintonía de otras prácticas sociales y políticas que pretendían resarcir el despojo del que han sido víctimas los sectores populares, tales como la “recuperar la tierra” (campesinos) y “recuperar la cultura” (indígenas).

⁵ Cuevas (2006) identifica algunas: el Centro de Difusión de Historia popular (CEDHIP) y el Centro Tarea, en Perú, la asociación Dimensión Educativa en Colombia, el Taller de Historia Oral (THOA) en Bolivia y el Centro de Investigación de los movimientos sociales (CEDIME) en Ecuador. A estos habría que sumar ECO y SUR en Chile y el Centro Nacional de Acción pastoral en Costa Rica.

5.2. Convergencias en la configuración de la recuperación colectiva de la historia

La RCH emerge en una coyuntura de ascenso de los movimientos populares y de proyectos políticos alternativos (resistencia a las dictaduras en el Cono Sur, Revolución Sandinista y procesos insurgentes en centro América y Colombia), en estrecho vínculo con la educación popular y la investigación participativa, e influida por las elaboraciones y discusiones que provenían de la historiografía marxista inglesa y los estudios culturales latinoamericanos. “La organización de la memoria y la experiencia populares no se ha producido, sin embargo, como un trabajo puramente intelectual o cultural, sino como parte de un *movimiento* más ancho de reagrupación social y reformulación identitaria, donde es difícil aislar o separar una dimensión de las otras”. (Salazar, 2006: 150)

Con esta advertencia de Salazar y reconocida la singularidad de cada país, reconocemos cuatro campos de interlocución, que contribuyeron a la emergencia de la RCH en la década de 1980: 1) La Educación Popular; 2) La Investigación Acción Participativa; 3) Aportes provenientes del campo historiográfico: crítica a la historia hegemónica y el descubrimiento de la corriente de “historia desde abajo”; 4) Los estudios latinoamericanos sobre culturas e identidades populares; 5) La historia oral; y 6) Las prácticas de los grupos subalternos para mantener su memoria colectiva.

El campo principal en el que surgió la RCH fue la Educación Popular (EP), corriente pedagógica que nace a comienzos de la década del sesenta del siglo XX con los movimientos de Cultura y educación de base y la pedagogía liberadora de Paulo Freire; se convierte en un movimiento educativo, cuando en las décadas siguientes, las ideas de Freire son acogidas y radicalizadas en la práctica de educadores de base, maestros, animadores culturales y militantes sociales, organizaciones civiles y redes a lo largo y ancho de América Latina.

Desde sus inicios, dicha concepción y práctica educativa fue definiendo unos rasgos y principios que le dan identidad, tales como su opción política emancipadora por la transformación social, su crítica radical al orden social impuesto por el capitalismo, su propósito de contribuir a la formación de los sectores populares como sujeto de historia, su afán por incidir en diferentes dimensiones de las subjetividades populares a través de múltiples estrategias metodológicas dialógicas y participativas (Torres, 2007).

En su fase fundacional, la EP se desarrolló en la alfabetización y educación de adultos, así como en la educación con pobladores y campesinos. Inicialmente, los educadores populares partían de representaciones románticas o abstractas de lo popular (como Pueblo, clase trabajadora o movimiento popular); sin embargo, desde su práctica, fueron se fue reconociendo que dicho Pueblo tenía rostro propio como poblador, mujer, joven campesino o indígena. Este “descubrimiento, llevó a que desde fines de la década de 1970

surgieran iniciativas por comprender la diversidad histórica y cultural, tales como realizar historias locales, recuperar experiencias de lucha y organización popular y recoger testimonios de líderes memorables.

Es para este propósito, algunos colectivos de EP buscaron en las ciencias sociales, metodologías y técnicas que pudieran servirle para sus propósitos. El principal encuentro fue con la Investigación Acción Participativa, propuesta investigativa que venía elaborando Orlando Fals Borda y su equipo de la Fundación La Rosca desde la década de 1970, desde su apoyo a luchas campesinas en la Costa Atlántica y otras regiones de Colombia (Fals Borda, 1984 y 1985) y su intención de crear una “ciencia popular”. Dicho enfoque crítico, compartía con la EP, su crítica al papel de disciplinas sociales y la educación en la reproducción de las relaciones y valores coloniales y burgueses, así como en la necesidad de construir, desde las luchas y organizaciones populares, conocimiento para la liberación.

Este encuentro de la educación popular con la IAP afirmó el sentido político pedagógico emancipador de la RCH, en la medida en que se buscaba involucrar a los propios actores históricos en la producción de conocimiento sobre la historia vivida. Los trabajos de Fals Borda (1984 y 1985) y la interacción con el mismo, en su calidad de investigador y educador popular, aportaron algunos presupuestos metodológicos, tales como la superación de las dicotomías entre conocimiento y acción, entre sujeto y objeto de investigación, entre saber popular y conocimiento académico, entre lo intelectual y lo emocional. Además, Fals también empezó a emplear la expresión “recuperación histórica” y compartía con la EP criterios como la definición colectiva de los temas de investigación, el diálogo de saberes, el uso de técnicas sencillas de recolección y la devolución pedagógica de los resultados.

Un tercer aporte a la configuración de la RCH provino del campo historiográfico. La vinculación de historiadores profesionales en los equipos que promovían la RCH, permitió el acercamiento a debates y corrientes coincidentes con sus preocupaciones. Por un lado, la crítica que historiadores como Pereira (1980), Gilly (1980), Florescano (1980) y Chesneaux (1983) hacían al carácter ideológico, elitista y excluyente de la historia oficial; por el otro, la lectura de autores pertenecientes a la corriente historiográfica marxista inglesa (Rudé, Hobsbawm, Thompson y Samuel), contribuyó a comprender que las luchas sociales se constituyen sólo desde la conciencia, sino también desde las coordenadas de la experiencia, la conciencia y la cultura; que los actores populares se conforman en las mismas luchas; que no son unidades homogéneas sino colectivos plurales afectados por múltiples factores, tensiones y posibilidades.

Este redimensionamiento del papel de la cultura en la lucha social y política también veía siendo discutida en América Latina desde el campo de los estudios sobre comunicación y poder y sobre culturas populares (García Canclini, 1983; Sunkel, 1985; Martín Barbero,

1986). Las obras de estos autores, tuvo buena acogida entre algunos educadores y comunicadores populares, en la medida que confirmaba lo que desde su experiencia encontraban: que los sectores populares no se constituyen solo desde el lugar que ocupan en las estructuras sociales y las relaciones políticas, sino en todos los planos de su vida y que es a través de su cultura que leen, procesan y transforman sus prácticas. De este modo, en la RCH lo cultural no es tanto un tema a investigar, sino una dimensión transversal al conjunto de las dinámicas sociales y políticas.

La construcción metodológica de la RCH también se benefició de los aportes de la historia oral y de los estudios sobre la memoria social. La primera, también venía configurándose desde la década de 1960 como una corriente que buscaba democratizar la práctica histórica y documentar la voz y la mirada de las clases subalternas en los estudios de historia reciente. Algunos centros de EP como THOA en Bolivia y Tarea en Perú, impulsaban el rescate de la memoria popular a través de la tradición oral y la sabiduría ancestral de los pueblos andinos; otra, como ECO y SUR en Chile y CEDEP de Ecuador promovían concursos de historia local.

El cruce de caminos entre la RCH y la historia oral contribuyó a profundizar en la particularidad de la oralidad y de los procesos a través de los cuales la gente elabora y transmite su memoria oral, donde priman la subjetividad y la narrativa (Centeno, 1984; Portielli, 1984). Desde el campo de la historia oral se habían afinado algunas estrategias y técnicas para acceder a las fuentes orales, tales como la entrevista, el testimonio y las historias de vida (Blondet, 1985; Ticona, 1986; Barela, 1999), que fueron incorporadas y recreadas desde la RCH. La preocupación desde las prácticas de RCH de acudir a la “memoria popular” implicó un acercamiento a los estudios sobre memoria colectiva, temática que cobró relevancia desde la década de 1990 dentro del contexto del fin de las dictaduras militares y conflictos internos, desde la necesidad de comprender las memorias traumáticas del pasado reciente (Jelin, 2002; Del Pino y Yezer, 2013). Desde la RCH la reflexión sobre la memoria ha sido asumida desde una perspectiva más amplia, privilegiando las memorias colectivas de las resistencias y las luchas populares.

Todos los colectivos sociales poseen un conjunto de prácticas para actualizar su experiencia histórica pretérita desde las exigencias del presente. A partir de una dialéctica de recuerdo y olvido, los pueblos construyen sus propias representaciones del pasado que les permiten dar coherencia a su devenir colectivo, a la vez que alimenta sus sentidos de pertenencia y organizan sus saberes, creencias y prácticas. Este proceso intersubjetivo de construcción de sentido histórico y de identidad colectiva es la memoria social.

Desde representaciones y narrativas de su pasado, los sectores subalternos interactúan, impugnan, y negocian con las historias que el poder les pretende imponer. Así como la historia hegemónica se construye desde “fuentes autorizadas” y tiene sus mecanismos de

divulgación oficiales, la memoria social se alimenta y pervive en las tradiciones orales, lúdicas y estéticas, en los rituales colectivos, en los recuerdos individuales, en los archivos de baúl, en el territorio, en los objetos, en las fotografías y en el propio cuerpo; se activa y actualiza en las trajines de la vida cotidianas, en coyunturas memorables y en las luchas sociales.

La comprensión de la riqueza y plasticidad de la memoria colectiva y los múltiples mecanismos a través de los cuales los colectivos sociales producen, transmiten y se apropian de los saberes y comprensiones sobre el pasado, también se amplió desde las propias prácticas de RCH. Desde éstas también se fue comprendiendo el modo narrativo de construcción de sentido y realidad, predominantes en la oralidad, así como a crear nuevos dispositivos de activación de memoria, tales como el recorrido por lugares significativos, las tertulias y los museos comunitarios.

De este modo, la RCH como propuesta de producción de conocimiento histórico articulado a los procesos de lucha y organización sociales, ha sido el resultado de la confluencia de diferentes prácticas emancipadoras y corrientes disciplinarias críticas. Ello no significa que la RCH sea una simple sumatoria o combinación de las mismas; a lo largo de más de un cuarto de siglo de existencia, esta modalidad investigativa crítica ha decantado sus propios sentidos políticos y epistemológicos, así como consolidado sus campos temáticos, sus criterios y sus procesos metodológicos.

5.3. Los sentidos que animan las prácticas de RCH

La emergencia, persistencia y vigencia de la RCH como enfoque y práctica en la producción de conocimiento histórico, no obedecen solo a argumentos epistemológicos como su mayor capacidad para captar la voz y la mirada de los subalternos o para comprender la vida histórica en su conjunto, sino -principalmente- razones políticas y pedagógicas. Como lo señala Salazar (2006: 155): “Está claro que la historiografía popular no es un ejercicio de ciencia por la ciencia, o del saber por el saber. Es, más bien, una auto-investigación de la memoria propia y de la capacidad propia de acción histórica, pero *para* efectos auto-educativos, *para* sistematizar la memoria colectiva, *para* desarrollar el protagonismo (arma de lucha), el poder popular y, en definitiva, el proyecto social de liberación (toma del poder por el pueblo)”.

En primer lugar, a diferencia de la historiografía tradicional y científicista que se reclaman como neutrales, la RCH reconoce explícitamente su intencionalidad política: contribuir a que los sectores subalternos de la sociedad afiancen su condición de sujetos históricos, fortaleciendo su capacidad paracolocarse frente a la realidad y transformarla. La RCH hacer posible dicha finalidad a través de dos estrategias. En primer lugar, afianzando su conciencia histórica, entendida como la facultad de reconocer la historicidad de la vida

social y el potencial que tienen como sujetos para incidir en surumbo; en segundo lugar, contribuyendo a que los colectivos populares fortalezcan su capacidad de análisis crítico del pasado, democratizando el acceso a herramientas conceptuales y metodológicas provenientes de las teorías y disciplinas sociales. En consecuencia, la RCH aporta a la toma de decisiones presentes y a fundamentar proyectos futuros de los colectivos y movimientos subalternos.

La RCH también contribuye y a la construcción y a la afirmación de las identidades de los sujetos populares. Los procesos y productos de una RCH están encaminados a enriquecer la comprensión de sus trayectorias, de los vínculos y significados de sus prácticas y de sus proyectos de futuro; es decir, ayudar a responder a las muy humanas preguntas acerca del "dónde venimos", "quiénes somos" y "para dónde vamos"; es decir, fortalecer sus memorias colectivas, sus sentidos de pertenencia y sus visiones y opciones de futuro compartidos. Como lo señala Florescano (2002), la historia es proveedora de arquetipos que influyen en la memoria e imaginación de las generaciones posteriores, condicionando los horizontes de lo posible.

La RCH también favorece a comprender que no existe una versión única del pasado como lo pretende imponer el poder. Si quienes participan de procesos de RCH asumen que no existe un único sentido del desenvolvimiento histórico, ni una única versión del pasado, sino que coexisten, en pugna, diferentes visiones y versiones del pasado, entonces van a ver legítimo su interés por reconocer y producir sus propias versiones del pasado. A diferencia de ciertas posturas dogmáticas, la RCH no pretende imponer una versión única de la historia, posibilitando que afloren las diferentes perspectivas de actor presentes en una experiencia social y en el mismo ejercicio de re-construcción.

La RCH contribuye a sistematizar y comunicar las diferentes experiencias de lucha de los subalternos. Aunque cada proceso histórico que se indaga es singular, ello no significa que no se pueda aprender de la experiencia de otros colectivos humanos. Por un lado, permite reconocer semejanzas y diferencias entre las experiencias propias y ajenas; por el otro, aporta al reconocimiento de tendencias y confluencias de distintos procesos sociales que se dan en contextos comunes más amplios, por ejemplo, reconstruir historias de resistencia a la imposición del extractivismo minero, común en varios países del Sur.

Para terminar, no sobra recalcar que el fortalecimiento de la conciencia histórica, la formación de pensamiento crítico, la afirmación de identidad y la amplitud de los horizontes de comprensión, no se logran con el sólo trabajo de RCH; son posibles si están articulados a procesos más amplios de organización y educación popular.

6. Metodología de la reconstrucción colectiva de historias populares

Con un cuarto de siglo de existencia como práctica histórica alternativa, la RCH ha podido decantar un acumulado metodológico, expresado en unos criterios, unos procesos y unas técnicas que le dan coherencia su quehacer. Sobre estos criterios, procedimientos y dispositivos que no son definitivos, sino caminos en permanente y abierta elaboración, nos ocuparemos en este último capítulo.

6.1. Criterios metodológicos de la RCH.

La RCH, una producción de conocimiento articulada a luchas sociales alternativas

En la medida que reconoce que la emancipación política y cultural no depende sólo de la investigación, sino que es un proceso social agenciado por fuerzas que resisten y se oponen al sistema de opresión, las prácticas de RCH se realizan con colectivos, organizaciones y redes sociales que deciden realizarlas como una posibilidad de fortalecimientos de sus opciones y de sus acciones. Esta articulación con prácticas sociales específicas también implica que el conocimiento que se genere tienda a generar transformaciones en las mismas, así como en los sujetos que las agencian.

El presente: eje de la construcción de conocimiento sobre el pasado

Al asumir que la “historia es una relación activa con el presente” (Chesneaux, 1983: 22), la RCH coloca el presente como y eje articulador de la producción de conocimiento histórico. En consecuencia, plantea que la construcción de conocimiento sobre el pasado debe contribuir a esclarecer los problemas del presente; ello implica que son las preguntas que nos plantean los conflictos y búsquedas presentes, las que enmarcan la definición de las preguntas que orienten la indagación del pasado. “El rescate de la memoria popular tiene por objetivo contribuir en la forja de identidad de los sectores populares y en el desarrollo de su conciencia crítica. Para que esto sea posible, debe mantenerse una relación activa con el pasado; eso significa que el estudio de la historia solo tiene sentido si está vinculado a los problemas del presente” (Acuña, 1986: 49)

La RCH localiza su mirada sin perder la mirada de conjunto.

La RCH privilegia la mirada y la voz de los subalternos, articuladas al conjunto de la realidad social. “Ni las comunidades existen aisladas, ni las luchas tiene una explicación en sí mismas, ni ningún grupo social es una isla. Por esta razón, recuperar la memoria popular es ponerla en contexto, es trascender la propia experiencia, es comprender la totalidad social a la que se pertenecen un momento dado” (Acuña, 1986: 50). Por ello, la RCH va más allá de los relatos, en la medida en que busca comprender los hechos y los procesos que aborda, en relación a los conflictos que los atraviesan y a las estructuras que los sostienen.

La RCH como producción colectiva de conocimiento

Los colectivos organizados que se involucran en las investigaciones participan activamente en las decisiones del proceso; con ellos se acuerda y define el por qué (justificación) y para el qué de la investigación (objetivos), el qué se va a investigar (el problema) y el cómo hacerlo (metodología). Frente a la jerarquización y verticalidad de las prácticas académicas de investigación, estas modalidades de investigación participativa, promueven relaciones democráticas entre las diferentes categorías de sujetos investigadores, lo que no significa que desaparezcan las relaciones de poder.

La RCH promueve el “diálogo de saberes”

La construcción colectiva de conocimiento histórico, al reconocer que la pluralidad de dimensiones y sentidos que configuran los procesos sociales, no puede ser llevada a cabo desde una sola racionalidad. Por ello, en la RCH confluyen – no sin tensiones - diferentes formas de pensar, interpretar y narrar la realidad. Partiendo de los saberes, lenguajes y formas de comprensión propias de los actores sociales participantes, la RCH involucra perspectivas y lenguajes provenientes de la disciplina histórica, de las teorías sociales, del arte y las sabidurías ancestrales, que posibiliten ensanchar la mirada del colectivo.

La RCH como conocimiento práctico y transformador

- La RCH al igual que otras modalidades participativas y críticas de construcción de conocimiento buscan afectar - y en efecto lo hacen- las propias prácticas estudiadas. Desde la organización de archivos, pasando con la generación de cambios en los procesos, procedimientos y relaciones dentro de las organizaciones, hasta cambios profundos en los modos de entenderlas y la introducción de transformaciones en la dinámica de los movimientos.

La RCH como práctica reflexiva y flexible.

Al reconocer la ineludible presencia de lo subjetivo en todo proceso de construcción de conocimiento que hace imposible la “objetividad”, las investigaciones acogen el principio de *reflexividad*. Este implica someter a escrutinio crítico cada una de las estrategias, decisiones y operaciones metodológicas, así como la construcción y explicitación de criterios que las orientan.

Frente a la rigidez de la investigación histórica canónica, desde la perspectiva de la RCH, la metodología es una construcción que debe ser asumida de una manera crítica y creativa. Ello ha posibilitado que en nuestras investigaciones haya una preocupación permanente por adecuar e innovar las estrategias y procedimientos empleados, en función de la singularidad de los sentidos, sujetos y preguntas que definen cada proyecto

6.2. El proceso de una recuperación colectiva de la historia.

A partir de una reconstrucción de los procesos llevados a cabo en nuestra experiencia acompañando o llevando a cabo RCH, podemos identificar algunos momentos (no lineales) y decisiones metodológicas frecuentes en nuestros itinerarios investigativos.

1. Fase preparatoria

El punto de partida de la RCH

Una RCH solo es posible y viable si existe un interés compartido entre un colectivo popular y los investigadores, por re-construir un proceso o experiencia histórica significativa. La iniciativa puede provenir de unos u otros – o hasta de un agente externo (por ejemplo, una convocatoria o concurso), pero la decisión debe tomarse por los actores de base.

Definición colectiva de las razones que justifican por qué y para qué realizar la RCH.

En los procesos comunitarios y organizativos todo lo que se hace debe tener un sentido político y formativo claro. Generalmente, a partir de reuniones se llega a un acuerdo sobre la necesidad, la pertinencia y relevancia de iniciar la RCH. También se define la viabilidad o no de hacerlo, pues las organizaciones y movimientos están sujetos a múltiples contingencias y desafíos que pueden llevar a no ver oportuno realizar la investigación en un momento determinado.

Definición de las preguntas de la investigación

Establecidos estos acuerdos, se procede a definir los interrogantes que orientarán la búsqueda. A diferencia de las investigaciones convencionales en las que estos provienen de los marcos teóricos de los investigadores, en la RCH la decisión es política: surgen del reconocimiento de cuestiones “vitales” que se plantea la organización en el momento. Es la lectura crítica del presente, la que posibilita la elaboración de las preguntas sobre el pasado.

A partir de ese cuestionamiento desde el presente de la organización o colectivo, se define la pregunta o preguntas centrales que guiarán la reconstrucción del proceso histórico definido. Luego, se elaboran preguntas específicas, que desglosan las generales y orientan la reconstrucción de aspectos concretos del problema y el balance interpretativo de los hallazgos.

Formación del equipo responsable de la recuperación histórica.

Con las personas interesadas de la organización los investigadores externos, se forma un equipo de trabajo responsable de la RCH. El criterio de participación no significa que “toda la comunidad” se involucre en la indagación, ni que todos se involucren en todo, sino que las decisiones se tomen colectivamente y las responsabilidades operativas (recolección de

la información, en su análisis e interpretación, y en la escritura de resultados)son asumidos por grupos específicos.

Transformar este equipo en sujeto colectivo de la RCH implica la realización de acciones formativas. Se recomienda un taller inicial donde los participantes se hagan una idea inicial del enfoque metodológico, una visión global del proceso y una familiarización con la consulta de fuentes y técnicas de activación de memoria. A lo largo del proceso, a través de las reuniones periódicas y la realización de talleres, se va garantizando que el colectivo responsable se apropie de las herramientas conceptuales y metodológicas necesarias para el desarrollo de la RCH.

Antes de iniciar trabajo práctico de la investigación, se elabora un *Proyecto* donde se escriben los acuerdos en cuanto a la justificación, las preguntas, los objetivos, las fuentes, las estrategias y actividades, los tiempos, las responsabilidades y los recursos. Este documento debe ser dado a conocer entre los demás integrantes de la organización y en algunas ocasiones sirve para buscar recursos para su desarrollo.

2. Fase de reconstrucción de los procesos o experiencias objeto de estudio

Establecimiento de fuentes

En la RCH, al igual que otras prácticas historiográficas, son muy importantes las fuentes, entendidas como las huellas que deja el pasado en el presente y a través de a las cuales se pretende reconstruir los hechos o procesos, de tal modo que se pueda responder a los preguntas planteadas. Estos “testigos” o rastros del pasado podemos clasificarlos de la siguiente manera:

1. Fuentes escritas

- 1.1. Bibliográficas (o secundarias): libros, revistas en las cuales podemos documentar el contexto histórico y temático en el que se ubica la problemática.
- 1.2. Producidas por las organizaciones y movimientos (actas, comunicados, agendas y diarios personales, correspondencia, archivos personales y de las organizaciones)
- 1.3. Producidas por autoridades e instituciones (normativas, políticas, informes, evaluaciones, estadísticas, inspecciones, etc.).
- 1.4. Producidas por otros investigadores o escritores (informes de investigación, libros, tesis, artículos, novelas, crónicas...)
- 1.5. Periódicas (prensa, revistas, magazines, murales)

2. Fuentes orales

- 2.1. Protagonistas directos de los hechos
- 2.2. Personas que han recibido información de los hechos por transmisión oral.

3. Fuentes visuales
 - 3.1. Pinturas, dibujos, gráficos, afiches
 - 3.2. Fotografías, filmaciones y videos
 - 3.3. Cartografía (mapas, planos)
4. Fuentes sonoras
 - 4.1. Música
 - 4.2. Grabaciones de eventos
5. Fuentes materiales
 - 5.1. El paisaje físico y humano (campos de cultivo, haciendas, barrio, sedes)
 - 5.2. Instrumentos de trabajo, herramientas

De acuerdo a las preguntas acordadas se van definiendo las fuentes correspondientes. Así como un interrogante pueden requerir el acceso a varias fuentes, una misma fuente puede responder a diferentes preguntas. Por ejemplo, la entrevista a un protagonista puede aportar información para diferentes cuestiones de la RCH.

Consulta de las fuentes desde diferentes técnicas y dispositivos de activación de memoria

Establecidas las fuentes, es necesario definir cuáles estrategias y técnicas van a usarse para producir los datos y relatos sobre el hecho a investigar. Hay que hacer hablar a las fuentes y para ello, se cuenta tanto con técnicas convencionales, como con los dispositivos de activación que desde la RCH se han venido creando.

En el primer caso tenemos, en primer lugar, las *entrevistas individuales y colectivas*, que no son otra cosa que conversaciones orientadas por las preguntas de la investigación. En las RCH se privilegian las entrevistas no estructuradas, en las que pueda fluir el recuerdo de las personas o colectivos con cierta espontaneidad. Las preguntas del entrevistador solo sirven para acotar o delimitar el campo de la conversación.

Otras técnicas convencionales son los *testimonios* y las *historias de vida*. Los primeros son relatos de testigos privilegiados de los hechos que se producen a través entrevistas a profundidad, complementados con información proveniente de sus diarios y otros escritos producidos por dichos testigos. Las historias de vida son relatos que recogen la trayectoria vital de personajes significativos de un proceso, que también se construyen combinando entrevistas a los mismos con información proveniente de otras fuentes (entrevistas a personas que lo conocieron, documentos de archivo, correspondencia, fotografías, etc.).

Los *dispositivos de activación de memoria* son un conjunto de estrategias no convencionales que parten de reconocer que la memoria social se encuentra no sólo en los recuerdos de sus miembros, sino también en las huellas que el pasado deja en la estructura física del mismo barrio (sus calles , lugares, casas), en los muebles, objetos y

pertenencias de la gente (utensilios, juguetes, ropa), en las fotografías y otros registros visuales y en algunas prácticas sociales que permanecen en el presente (fiestas, tradiciones orales, juegos).

Como una RCH no solo busca reconstruir hechos del pasado, sino también fortalecer identidades populares y vínculos sociales, los dispositivos apuntan hacia las tres intenciones, incorporando prácticas y formatos que tiene la gente para conversar sobre el pasado. Algunos dispositivos activadores de memoria que hemos empleado son: el camino recorrido, los museos comunitarios, los paseos del recuerdo, las audiciones de música del ayer, las tertulias, las serenatas y las jornadas de la memoria. El *camino de la experiencia* es la representación gráfica de un camino, los hitos más significativos, que representen ascensos, descensos, crisis y repuntes, de la historia del proceso que se busca reconstruir. Este dibujo, además de ayudar a tener una visión de conjunto del proceso, también sirve para elaborar periodizaciones, muy útiles en la fase de análisis de la información.

Otro dispositivo muy valioso son los *museos comunitarios* o *museos del ayer* basados en el hecho cotidiano de guardar fotografías, papeles y objetos personales o familiares, para mantener el recuerdo de momentos y personas significativas. Como técnica consiste en solicitar, reunir y organizar a manera de una exposición itinerante, objetos, documentos, fotografías y otros materiales que den cuenta de la historia que estamos construyendo. A cada pieza se le coloca un pequeño texto con el testimonio de quien lo llevó, y en el mejor de los casos, se organizan jornadas de memoria donde además de las piezas materiales y visuales, están presentes personas en capacidad de contar sus usos y significados, generando enriquecedoras conversaciones con los visitantes.

El *paseo del recuerdo* parte de la idea de que los recuerdos colectivos muchas veces se anclan en lugares; por ejemplo, en la historia de un barrio, algunas calles, casas y espacios comunitarios fueron escenario de hechos memorables. Como técnica, consiste en un recorrido a lo largo de una ruta que atraviesa sitios significativos relacionados con el tema que estamos reconstruyendo; en cada lugar, una o varias personas conocedoras del hecho histórico, narran a los viajeros relatan lo que saben de él y se establece un diálogo fecundo acerca de su significado colectivo. Los objetos se pueden organizar, según se vea más pertinente, en torno a periodos o temas.

Las *tertulias* no son otra cosa que organizar una actividad propia de los grupos sociales cuando quieren conversar sobre algo que les parece importante. En este caso, hay que reconocer previamente que forma asumen en cada caso y cuál es el momento más adecuado para hacerlo; así por ejemplo, mientras en México es común encontrarse para desayunar y “platicar”, en Colombia son muy importantes las “onces” o chocolatadas al finalizar la tarde y entre jóvenes una fogata puede ser ocasión propicia para hablar.

La música también es una fuente provocadora de recuerdo, más aún cuando en comunidades campesinas y populares, el cantar o escuchar canciones en grupos es una práctica frecuente. Por ello, es que las *serenatas* las *audiciones colectivas de música* utilizadas como dispositivos de activación de memoria ofrecen grandes resultados, cuando se trata de la RCH de temas en los que participan diferentes generaciones. A partir de una exploración previa, se consigue un grupo musical versátil que pueda interpretar canciones de diferentes épocas o se pide a los invitados que lleven algún disco, casete o CD con música representativa de la época o momento en el participó del proceso; ya en el encuentro – que puede asumir la forma de unas onces o una fiesta – se va escuchando la música y generando conversaciones sobre los contextos y situaciones que evoca.

En la RCH también podemos utilizar estrategias pedagógicas como los *Talleres de memoria* o *Jornadas de Memoria* que al concentrar en un mismo espacio y tiempo a varias personas, posibilitan el uso combinado de varias técnicas y dispositivos de activación de memoria. En estos casos, también se puede acudir a técnicas expresivas, sean dramáticas (por ejemplo un socio-drama en torno a un acontecimiento) o plásticas (realización de dibujos, collages o maquetas).

No sobra afirmar que en cada proyecto de RCH estas técnicas y dispositivos pueden reinventarse y combinarse. En todos los casos, cada técnica o dispositivo que vaya a emplearse en una RCH debe prepararse previamente, teniendo en cuenta las preguntas y objetivos, las personas a las que se convoca, los tiempos y recursos disponibles. También hay que elaborar los instrumentos de recolección de la información (grabadoras, filmadoras, cuadernos de notas, guías de observación) y distribuir responsabilidades: se requiere que sean personas diferentes quienes animen y quienes registren la información.

Registro y análisis permanente de las narraciones e informaciones.

Durante la realización de las técnicas y dispositivos para producir las narraciones y los datos desde los cuales se reconstruirán los acontecimientos y procesos históricos, se debe hacer un registro juicioso usando los instrumentos respectivos. Se recomienda unificar el tipo de fichas o planillones que recojan los relatos y los datos, así como las anotaciones (comentarios, interpretaciones) que puedan ocurrírseles a los investigadores.

Una vez recogidos y transcritos un número significativo de relatos y de información, debe procederse a su análisis. Ello se hace a través de diferentes procesos como su organización por periodos y temas, la realización de matrices o cuadros de doble entrada que crucen la información y de esquemas a la manera de mapas conceptuales que vayan resumiendo y organizando los hallazgos (Torres, 1997 y Mendoza y Torres, 2013).

Interpretación parcia de los hallazgos

Una vez analizada la información, se procede a su interpretación. Es decir, a generar una lectura más comprensiva y explicativa del proceso reconstruido, que supere el mero relato o descripción del mismo y aporte a los colectivos y organizaciones populares, claves para la toma de decisiones frente a las cuestiones que justificaron la realización de la RCH.

“La memoria social directa (o sea: la basada en testimonios individuales o grupales) no da cuenta, ni completa ni rigurosamente, de la escala mayor de magnitud del movimiento popular... El problema cognitivo mayor a resolver en el mundo popular es la *diversidad de lo particular, el estado de dispersión de la experiencia social y el relativo desconocimiento de todos sobre los parámetros macroscópicos* de su mundo y su propio movimiento.” (Salazar, 2006: 159 y 160)

Por ello, la interpretación debe hacerse colectivamente y desde las categorías o temáticas definidas al comienzo o las que fueron emergiendo a lo largo de la reconstrucción histórica. En un primer momento, el colectivo puede interpretar los hallazgos, a partir del reconocimiento de factores del contexto, de la dinamismo interno del proceso y del papel de los sujetos. En segundo lugar, se puede acudir a lecturas y conceptualizaciones que proviniendo de otros contextos, pueden “dar luz” en la comprensión de los procesos; para ello, son necesarias reuniones y sesiones de estudio, de discusión y escritura de las interpretaciones.

La síntesis y socialización de resultados

Una vez hechos el análisis y la interpretación global del proceso reconstruido, se debe redactar un escrito que sintetice los hallazgos y las conclusiones. El documento se convierte en un referente importante para la organización, pero por sí mismo no resuelve el problema de cómo comunicar los resultados al conjunto de la organización, movimiento o población interesada en el mismo.

Ello se logra a través de eventos de socialización, con la producción de piezas comunicativas y publicaciones. Para ello hay que tener en cuenta los lenguajes, las formas culturales y comunicacionales propias de los diversos de los sectores de población a los que se dirigirán, así como las estrategias de escrituras más adecuadas (crónica, relato, ensayo). El medio más común de divulgación de resultados de RCH han sido las cartillas y libros, pero también se han elaborado fotonovelas, programas de radio, piezas de video y obras de teatro; en algunos casos, se han producido textos de mayor profundidad para la formación y discusión con otros grupos interesados en proyectos similares.

7. La recuperación colectiva de la historia como propuesta pedagógica

Bibliografía citada y para seguir leyendo

- Acuña, Víctor (1986). "Cuestiones de memoria popular e historia social". En: V. A. Memoria y cultura popular costarricense, San José, Centro Nacional de Acción Pastoral
- Adamovsky, Ezequiel (2012). Historia de las clases populares en la Argentina. Buenos Aires, Sudamericana
- Aguilera, Mario (1985). Los comuneros: guerra social y lucha anticolonial. Bogotá, UN
- _____ (1997). Insurgencia urbana en Bogotá. Bogotá, Colcultura
- Aguilera, Mario y Vega, Renán (1991). Ideal democrático y revuelta popular. Bogotá, ISMAC
- Aguirre, Carlos Antonio (2002). Anti-manual del mal historiador. Bogotá, Desde abajo
- _____ (2009). Microhistoria italiana: modo de empleo. Caracas, Centro Nacional de Historia
- Archila, Mauricio (1991). Cultura e identidad obrera en Colombia 1910-1945). Bogotá, CINEP
- _____ (1994), "Historiografía sobre los movimientos sociales en Colombia". En: la historia al fin del milenio. Bogotá, UN
- Ariès, Philippe (1984) *Historia de la muerte en occidente: de la Edad Media hasta nuestros días*, Barcelona: Acantilado
- _____ (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus
- Bagú, Sergio (1949). *Economía de la sociedad colonial*. Buenos Aires, Losada
- Barela, Liliana y otros (1999). Algunos apuntes sobre historia oral y cómo abordarla. Buenos Aires, Patrimonio e instituto histórico
- Benjamin, Walter (1995) "Sobre el concepto de historia", en: La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia. Traducción, introducción y notas, Pablo Oyarzún. Santiago, ARCIS – LOM
- Blondet, Cecilia (1985). "Memoria colectiva y resistencia popular". En: Aportes # 22, Bogotá, Dimensión Educativa
- Burke, Peter (1996). La revolución historiográfica francesa. Barcelona, Gedisa
- _____ (2003). Formas de hacer historia. Madrid, Alianza
- _____ (2006). ¿Qué es la historia cultural? Barcelona, Paidós

Bustos, Guillermo (2002). "Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon – Beverley". En: Fronteras de la historia # 7. Bogotá, ICANH

Casanova, Julián (1991). La historia social y los historiadores, Barcelona, Grijalbo

Castro, Felipe y otros (1992). Organización y liderazgo en los movimientos populares novohispanos. México, UNAM

Cendales Lola, Mario Peresson y Alfonso Torres (1992). Los otros también cuentan. Elementos para una recuperación colectiva de la historia. Bogotá, Dimensión Educativa

Cendales Lola y TORRES Alfonso (2000). "Recordar es vivir". En: Aportes # 52, Dimensión Educativa, Bogotá, 2000

Colectivo de Dimensión Educativa (1991). Aportes # 30: Materiales para una historia popular. Bogotá 1991

Cuevas, Pilar (2006). "La re-construcción colectiva de la historia: una contribución al pensamiento crítico latinoamericano". En: Walsh, Catherine, editora. Pensamiento crítico y matriz (de) colonial. Quito, UASB – Abya-Yala

_____ (2008). La recuperación colectiva de la historia, memoria social y pensamiento crítico. Quito, UASB

Chacravarti, Dipesh (1999). "Historias de las minorías, pasados subalternos". En: Historia y grafía # 12. México DF, UIA

Chartier, Roger (1993). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid, Alianza

_____ (1996). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Buenos Aires, Gedisa

Chesneaux, Jean (1983). ¡Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores. Siglo XXI editores, México

Chungara, Domitila (1978). "Si me permiten hablar..." testimonio de Domitila una mujer de las minas de Bolivia. México, Siglo XXI

De Certeau Michel (1993). La escritura de la historia. México, Universidad Iberoamericana

_____ (1999). *La invención de lo cotidiano*. México, Universidad Iberoamericana Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos

_____ (2004). *La fábula mística. Siglos XVI - XVII*, México, Universidad Iberoamericana. Madrid, Siruela

De Coll (1984). La resistencia indígena ante la conquista. México, Siglo XXI

Del Pino, Ponciano y Yezer, Caroline (2013). Las formas del recuerdo. Etnografías de la violencia política en el Perú. Lima, IEP

Delumeau, Jean (1989). El miedo en occidente. Madrid, Taurus

Duby, George (1980). *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Madrid, Taurus

(2000). *El amor en la Edad Media*, Madrid, Alianza, 2000

Escalante, Aquiles (1964). El negro en Colombia. Bogotá, UN

Escobar Carmen (1990). La Revolución Liberal y la protesta del artesanado. Bogotá: Fundación Universitaria Autónoma de Colombia

Fals Borda Orlando (1984). Por la praxis: el problema de como investigar la realidad para transformarla. Tercer mundo, Bogotá

_____ (1985). Conocimiento y poder popular. México, Siglo XXI

Flores Galindo, Alberto (1986). Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes. La Habana, Casa de las Américas

Florescano Enrique (1980). "De la memoria del poder a la historia como explicación". En: Pereira Carlos y otros. Historia. ¿Para qué?, México, Siglo XXI

_____ (1997). La historia y el historiador. México, FCE - Fondo 2000

_____ (2012). La función social de la historia. México, FCE

Fontana Josep (1980). Historia. Análisis del pasado y proyecto social. Barcelona, Crítica Grijalbo

_____ (1992). La historia después del fin de la historia. Barcelona, Crítica

_____ (2002). La historia de los hombres: el siglo XX. Barcelona, Crítica

Fukuyama, Francis (1992). El fin de la historia y el último hombre. Madrid, Planeta

Gaitán, Gloria (1984), La lucha por la tierra en la década del 30. Bogotá, El Áncora

GarcíaCanclini Néstor (1983). Las culturas populares en el capitalismo. La Habana Casa de las Américas

Gallino Luciano y otros (1974). Gramsci y las ciencias sociales. Barcelona, Cuadernos de Pasado y Presente

Ginzburg Carlo (2012). "Nuestras palabras y las suyas. Reflexiones sobre el oficio del historiador, hoy", en: Contra-historias # 19, México

Hobsbawm, Eric (1974). "De la Historia social a la historia de la sociedad". Essays in Social History, Oxford UniversityPress, 1974.

- _____ (1968). *Rebeldes primitivos*. Barcelona, Crítica Grijalbo
- _____ (1973). *Revolucionarios*. Barcelona, Crítica Grijalbo
- _____ (1980). *Trabajadores*. Barcelona, Crítica Grijalbo
- _____ (1984). *El mundo del trabajo*. Barcelona, Crítica Grijalbo
- _____. (1998). *Sobre la historia*. Barcelona, Crítica Grijalbo
- Jaldun Ibn (1997). *Al – Muqaddimah (Introducción a la historia universal)*. México, FCE
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires, Siglo XXI
- KockaJurgen (2002). *Historia social y conciencia histórica*. Madrid, Marcial Pons
- Gilhodes, Pierre (1978). *Las luchas agrarias en Colombia*. Bogotá, El tigre de papel
- Ginzburg, Carlo (1976). *El queso y los gusanos*. Madrid, Ariel
- Gnecco Carlos y Martha Zambrano (2000). *Memorias hegemónicas, memorias disidentes*. ICANH, Bogotá
- González, Luis (1988). *El oficio de historiador*. Zamora, El Colegio de Michoacán
- Hobsbawm Eric (1983). “Notas para el estudio de las clases subalternas”. En: *Marxismo e historia social*. BUAP, Puebla
- Kocka, Jurgen (2002). *Historia social y conciencia histórica (Presentación de Jesús Millán)*. Barcelona, Marcial Pons
- Le Goff, Jacques (1986). *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*. Buenos Aires, Gedisa
- Leví, Giovanni (2003). “Sobre microhistoria”. En: Burke, Peter, *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza
- Lewin, Boleslao (1963). *La insurrección de Tupac Amaru*. Buenos Aires, UDEBA
- Löwy Michael (2007). *El marxismo en América Latina. Antología desde 1909 hasta nuestros días*. Santiago, LOM Ediciones
- Lyotard, Jean Françoise (1979). *La condición postmoderna*. Madrid, Cátedra
- Mariátegui, José Carlos (1980). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, Biblioteca Amauta
- Martín-Barbero Jesús (1986). *De los medios a las mediaciones*. Gustavo Gilly editores. México
- Marx, Carlos (1968). *Sociología y filosofía social*. Barcelona, Península

Menchú, Rigoberta (1982). *Me llamo Rigoberta y así me nació la conciencia*. La Habana, Casa de las Américas

Mendoza, Constanza y Torres, Alfonso (2013). “La sistematización de experiencias en educación popular”. En: V. A. Entretejidos de la educación popular en Colombia. Bogotá CEAAL –Desde Abajo

Mires, Fernando (1988). *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina*. México, Siglo XXI

Navarrete, María Cristina (2003). *Cimarrones y palenques en el siglo XVIII*. Cali, Universidad del Valle

Nora, Pierre (1984, 1987 y 1992). *Les Lieux de mémoire* (3 volúmenes): *La République* (1. vol., 1984), *La Nation* (3 vol., 1987), *Les France* (3 vol., 1992), Paris, Gallimard (Bibliothèque illustrée des histoires)

Núñez, Ángela (2006). *El obrero ilustrado. Prensa obrera y popular en Colombia. 1909 – 1929*. Bogotá, Uniandes

_____ y otros (2009). *Petróleo y protesta obrera. La USO y los trabajadores petroleros en Colombia*, 2 vols. Bogotá: Corporación AurySaráMarrugo

Ortega Teresa María, editora (2007). *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*. Granada, Universidad de Granada

Pereyra, Carlos (1984). *El sujeto de la historia*. Madrid, Alianza

Pereyra Carlos y otros (1980). *Historia. ¿Para qué?* Siglo XXI, México

Portielli, Alessandro (1984). “Las peculiaridades de la historia oral”. En: *Tarea. Revista de la cultura* # 11, Lima

Rappaport, Joanne (2000). *La política de la memoria. Interpretación indígena de la historia de los Andes colombianos*. Popayán, Universidad del Cauca

Ricoeur, Paul (2003), *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid, Trotta

Rivera, Silvia y Zulema Lehm (1988). *Los artesanos libertarios*. La Paz, Thoa

Rivera Silvia y Rossana Barragán (Compiladoras) (1997). *Debates postcoloniales: una introducción a los estudios de subalternidad*. Coordinadora de Historia - Saphis - Thoa. La Paz Bolivia

Rudé, George (1974). *La Europa revolucionaria. Siglo XXI*, Ariel

_____ (1978). *La multitud en la historia*. Madrid, Siglo XXI

_____ (1989). *La revolución francesa*. Buenos Aires, Vergara

- _____ (1981). *Revuelta popular y conciencia de clase*. Barcelona, Crítica Grijalbo
- Salazar, Gabriel (1986). *Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago: Ediciones Sur.
- _____ (2006). "La Historia como Ciencia Popular". En: *Revista Austral de Ciencias Sociales # 11*, Santiago de Chile
- Samuel, Raphael (1984). *Historia popular y teoría socialista*. Crítica Grijalbo, Barcelona
- Sánchez, Gonzalo (1985). *Ensayos de historia social y política del siglo XX*. Bogotá, El Áncora
- Scott, James (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México, Era
- Sharpe Jim (1994). "Historia desde abajo". En: *Formas de hacer historia*. Alianza, Madrid
- Spivak, Gayatri (2003). "¿Puede hablar el subalterno?". En: *Revista Colombia a de antropología # 39*. Bogotá, ICANH
- Sunkel, Guillermo (1984). *Razón y pasión en la prensa popular*. Santiago, ILET
- Thullier Guy y Tular Jean (1989). *Cómo preparar un trabajo de historia*. Barcelona, Oikos
- Thompson Edward (1979). *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona, Crítica
- _____ (1981). *Miseria de la teoría*. Grijalbo, Barcelona 1981
- _____ (1995). *Costumbres en común*. Barcelona, Crítica
- _____ (2000). *Agenda para una historia radical*. Barcelona, Crítica
- Ticona, Esteban (1986). "Algunas experiencias metodológicas en historia oral". EN: *Aportes · 30*, Bogotá, Dimensión Educativa
- Torres Alfonso (1993). *Iniciación a la investigación histórica*. USTA. Bogotá 1993
- _____ (1993a). *La ciudad en la sombra*. Bogotá, CINEP
- _____ (1994). "Recuperando la historia desde abajo. Enfoque y cuestiones metodológicas". En *Cuadernos de Filosofía latinoamericana # 60*. USTA Bogotá
- _____ (1997). *Estrategias y técnicas cualitativas de investigación social*. Bogotá, UNAD
- _____ (2007). *La educación popular. Trayectoria y actualidad*. Bogotá, El Búho
- Torres Giraldo, Ignacio 1973). *Los inconformes (5 vol.)*. Bogotá, Margen Izquierdo
- Torres–Cuevas, Eduardo. Coordinador (2012). *La historia y el oficio del historiador*. La Habana, Imagen contemporánea

- Tovar, Hermes (s.f.). El movimiento campesino en Colombia. Bogotá, Ediciones libres
 _____ (1992). De la chipa se forma una hoguera: esclavitud, insubordinación y liberación. Tunja, UPTC
- Tuñón de Lara Manuel (1984). ¿Por qué lo historia? Navarra, Salvat
- Valcárcel, Carlos Daniel (1982). Rebeliones coloniales sudamericanas. México, Tierra firme
- Valencia, Alonso (1991). Resistencia indígena a la colonización española. Cali, Universidad del Valle
- Vargas Martínez, Gustavo (1972). Colombia 1954: Melo, los artesanos y socialismo. Bogotá, La oveja negra
- Vega, Imelda (1984). "Verosímil popular y verdad histórica". En: Tarea. Revista de la cultura, # 11, Lima
- Vega, Renán (2002). Gente muy rebelde (4 volúmenes). Bogotá, Pensamiento crítico
- Veyne Paul (1971). Cómo se escribe la historia. Madrid, Alianza
- Vilar, Pierre (1980) Iniciación al vocabulario histórico. Barcelona, Crítica Grijalbo
 _____ (1997). Pensar históricamente. Barcelona, Crítica Grijalbo
 _____ (2003). Historia en construcción. Tunja, UPTC
- Vitale, Luis (2012). Interpretación Marxista de la Historia de Chile (2 vol.). Santiago, LOM
- Vovelle, Michel (1982). Ideología y mentalidades. Madrid, Ariel
- Wallerstein, Immanuel (Coordinador) (1996). Abrir las ciencias sociales. Siglo XXI - UNAM. México DF.
- White, Hayden (1974). El contenido de la forma. Buenos Aires, Paidós
- Zermeño Guillermo (1999). "Condición de subalternidad, condición postmoderna y saber histórico: ¿Hacia una nueva forma de escritura de la historia?". En: Historia y grafía # 12. México, UIA